

AÑO VI GUADIX (GRANADA) MARZO y ABRIL 1922. NÚMS. 63 y 64

ESCLAVA Y REINA

REVISTA
MARIANA



Director: M. I. Sr. D. Francisco Salvador Ramón, canónigo
Censor: M. I. Sr. D. Juan de Dios Ponce, Lectoral



PUBLICACION
MENSUAL



DIVINA INFANTITA, RUEGA POR NOSOTROS

SUMARIO

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
La Divina Infantita	1	Sección Canónica	1
Censura, Aprobación y Licencia del tomo tercero de la T. Mariana . . .	7	Correspondencia administrativa . .	6
La Verdadera Devoción a la Santí- sima Virgen	9	España y Marruecos	7
Correspondencia administrativa . .	12	Sermón: La resurrección de Lázaro .	11
Día de la Prensa Católica	13	Sección de Teología Moral	19
Sermón: El Divino Apóstol y la Sa- maritana	17	Pensamientos marianos	23
La Entronización del Crucifijo . . .	29	Plátiea doctrinal para el catecismo de adultos	25
		Disertaciones sobre tesis deducidas del Maestro de las Sentencias . . .	29



FÁBRICA DE ORNAMENTOS PARA IGLESIA

Fundada en 1820

CASA GARIN

Esta casa es la más antigua de España por lo que más acredita a su numerosa clientela, la confianza en sus productos: en tejidos de seda, oro y plata, toda clase de tejidos especiales, bordados desde lo más sencillo a lo más rico, garantizado en calidad.

Se restauran ornamentos antiguos

PASAMANERÍA, ENCAJES, TAPICERÍA, IMAGENES Y METALES

Remite gratis catálogos, muestras y presupuestos.

MAYOR, 33.—MADRID



La Divina Infantita

XXII-

DECIAMOS en nuestro artículo anterior: «Y esta gran convicción acerca de la santidad incomparable de la Niña María no ha sido producida en el transcurso del tiempo, ratiocinando sobre los designios de Dios respecto de la Santísima Virgen en sus divinos planes, para deducir que sus oficios exigían condiciones parecidas a las de Jesús y, por lo tanto, una santidad en grado sumo. El ratiocinio y el estudio no ha hecho sino confirmar la creencia de la primitiva Iglesia acerca de las cualidades, más divinas que humanas, de esta Infantita celestial.

Como acerca de la santidad eminentísima de la Stma. Virgen Niña creemos haber dicho lo bastante para deducir que la Niña María y el Niño Jesús son ejemplares, en lo que tienen de humanos, de casi un mismo molde, procede que tratemos ahora de las consecuencias inmediatas de semejante santidad.

La contemplación consciente de la belleza produce la admiración, como la santidad reconocida en una persona inspira actos de homenaje y de culto. Pero, como el culto está en proporción con la santidad, de la misma manera que la admiración con la belleza, es consecuencia inmediata de la santidad el culto y los actos de homenaje en proporción con la santidad reconocida.

Veamos, pues, que clase de culto debemos a la Stma. Virgen Infantita.

«Honor no es más que cierta protestación de la excelencia de una persona, y como cualquiera persona puede ser excelente por razón de su bondad, cualquiera persona, ya sea inferior, ya igual o superior puede ser honorificada.

El culto implica el honor, o sea la protestación de la excelencia de la persona a quien se da culto, y envuelve, además, la idea de inferioridad en quien tributa el culto y de superioridad en la persona a la que se da el honor del culto.

Por esto es definido el culto en general: «El acto por el que se da reverencia y honor a una persona en protestación de su excelencia y de sumisión hacia ella.» De esta definición se deduce que en el culto concurren los actos siguientes: 1.º conocimiento de la excelencia de una persona; 2.º juicio práctico acerca de la honestidad del acto de someterse a la persona que es juzgada como de excelencia superior; 3.º voluntad de someterse y de manifestar la sumisión; 4.º el hecho de la sumisión y de la manifestación de la misma por signos de reverencia.

A esto que exponemos en nuestra Teología Mariana agregamos en la página 96 de la misma obra:

«De esto se deduce que el motivo formal por el que se tributa culto a los santos es la excelencia reconocida en los mismos y por la cual adquieren superioridad sobre los demás. Hablando con todo rigor teológico la excelencia reconocida es el motivo formal *remoto* del culto, porque el motivo próximo del mismo es la honestidad o especie de justicia del acto por el que es reverenciado aquel en quien se reconoce suficiente excelencia.»

De modo que para tratar del culto que es debido a la Santísima Virgen Niña es necesario dar por sentada su santidad eximia, incomparable, plena con relación a los santos, semiplena en comparación con la de Jesús, y para esto basta recordar lo que dijimos acerca de la gracia que recibió la Santísima Virgen desde el momento de su purísima concepción.

Todos los teólogos están conformes en que al ser concebida María recibió más gracia que cualquiera de los santos ha recibido hasta su última santificación en la vida y que recibieron los ángeles en su primera santificación. Se disputa solamente, como hemos visto en artículos anteriores, si el cúmulo de gracias que recibió María desde su concepción sin mancha es superior y más abundante que el que Dios distribuyó entre todos los santos y ángeles, no sólo mientras fueron viadores, si que también al quedar constituidos en bienaventurados.

De modo que, sea lo que quiera de esta cuestión, que nosotros hemos resuelto en sentido favorable a la Santísima Virgen, apoyándonos en Suárez y San Alfonso M. de Ligorio, quienes a su vez aducen en favor de su opinión testimonios de San Buenaventura, de San Bernardo y de San Anselmo, quienes atribuyen a María recién concebida el cúmulo de todas las gracias posibles en pura criatura, habida cuenta del modo gradual en que puede tenerse dicho cúmulo, según las diferentes etapas de la vida, es lo cierto que los teólogos, reconociendo más gracia y santidad en María desde el instante de su concepción que en cualquiera de los santos, confiesan que desde que la Niña María empezó a tener personalidad, mereció un culto superior al que se da a los santos, esto es, culto de hiperdulía.

Pero ¿qué clase de culto de hiperdulía es debido a la Santísima Virgen Niña?

Contestamos a esta pregunta transcribiendo lo que sobre este mismo asunto decimos en nuestra Teología Mariana:

«La dulía puede considerarse de dos maneras: o de un modo ge-

neralísimo y común, es decir, en cuanto significa la reverencia que debe darse a cualquiera persona y por cualquiera excelencia que en ella se reconozca, y así la dulía es como virtud de especie general, la cual contiene dentro de sí otras virtudes que inclinan a que se dé a las personas reverencia y honor, según es la excelencia que las caracteriza. En este concepto bajo la especie de dulía se contiene la piedad, por la que se da a los padres el honor debido; la observancia por la que se da la conveniente reverencia a las personas constituidas en dignidad; la hiperdulía que inspira el culto que debe darse a quien tiene con Dios afinidades extraordinarias, y en general la dulía así considerada contiene toda virtud que inclina a dar la reverencia debida. De la dulía de este modo tomada, dice el Angélico, que la hiperdulía es su especie más excelente.

«Pero puede también considerarse la dulía de una manera estricta, es decir, en cuanto que solamente significa la reverencia que el siervo debe a su señor, pues dulía significa servidumbre. Bajo este punto de vista la dulía es especie ínfima de la observancia, no pudiendo, por lo tanto, contener otras virtudes, puesto que bajo la especie ínfima no cabe ninguna otra especie.

«Considerada de esta manera la dulía no puede menos de contradistinguirse de la hiperdulía según toda su especie, lo cual es fácil confirmar pensando que la razón principalísima de la distinción de los cultos se toma del motivo del que nacen los mismos, y mientras que la dulía nace de la reverencia y servidumbre que se debe a las personas constituidas en dignidad por la excelencia de las mismas, el motivo de la hiperdulía es la especialísima afinidad que tiene con Dios la persona a quien se da tal culto. Es cierto que de dicha afinidad con Dios nace mayor dominio y superioridad y, por consiguiente, mayor inferioridad y servidumbre en los demás respecto de la persona que tiene con Dios relación tan íntima. Y así podría pensarse que la reverencia dada en este caso podría ser informada por la dulía. Pero la indicada inferioridad y servidumbre, por lo mismo que nace de motivo especial, esto es, de la afinidad singularísima con Dios, es de especie distinta de la que engendran las relaciones ordinarias con la divinidad por perfectas que se supongan aquellas.»

De esto se deduce que el culto de hiperdulía puede ser específicamente distinto del culto de dulía, o también el mismo culto de dulía en su más excelente manifestación. He aquí lo que en confirmación de esto transcribimos de nuestra Teología Mariana:

«Decíamos que dulía significa servidumbre y que, por lo tanto, será culto propiamente de dulía el que los siervos dan a sus señores; mas como los santos y la Santísima Virgen participan por la gracia y por la gloria del dominio de Dios, el culto dado a María bajo este concepto es esencial y específicamente de dulía. Pero teniendo en cuenta que en esta clase de culto cabe gradación y que la Santísima Virgen participa de una manera excelentísima del dominio de Dios, porque sus gracias fueron excelentísimas y su gloria es mayor que la de todos los bienaventurados juntos, no debe decirse que nuestra divina Madre y Señora pueda ser honrada con culto de du-

lla simpliciter, sino con este culto en su grado superior y en su forma más excelente, es decir, con culto de hiperdulía al que Suárez llama *excellentem duliam*. De modo, que aunque esencialmente sea el mismo culto de dulía el que se dé a los santos y el que pueda darse a la Santísima Virgen, se diferencian en cuanto al grado y modo, como lo perfecto de lo imperfecto y como lo menos, lo más y mejor dentro de la misma especie.» Pero este culto, aunque excelente, no es el propio de la Santísima Virgen, porque en Ella hay títulos especialísimos que fundamentan un culto también especial.

«El culto propio y formal dado a una persona es aquel que corresponde al carácter que más la distingue, que más la dignifica y es motivo de todas sus gracias y excelencias; y como quiera que lo más digno, la mayor grandeza de María, que no compartirá con nadie, es la Maternidad divina, a la que es debido un culto especial, distinto en naturaleza y orden del culto de los santos, porque es privilegio tan excepcional que se separa tanto de todo orden creado, cuanto más se acerca al de la unión hipostática, y de ésta se halla tan cerca como la Madre del Hijo: luego el culto de hiperdulía específicamente distinto del de dulía es el propio y formal de la Stma. Virgen.

«Véase lo que Suárez dice a este propósito: La Maternidad divina es dignidad que comprende en sí, virtual o formalmente o como en raíz todas las otras prerrogativas de la Virgen, es la más excelente entre todas. Prueba de ello es que la Iglesia honra a la Stma. Virgen principalmente a causa de su Maternidad, y antepone a todas esta su excepcional prerrogativa y es la que principalmente propone a la consideración de los fieles. Estima, pues, que la Maternidad es el fundamento principal del culto que se debe a María. Exigiendo esta dignidad de Madre de Dios la plenitud de la gracia y de la santidad como una disposición casi connatural, nosotros no podemos honrar a María como Madre de Dios sin honrarla por el mismo hecho como la santa y perfecta por excelencia, puesto que las perfecciones de gracia están unidas inseparablemente a la divina Maternidad. Y he aquí por qué el culto propio de la Stma. Virgen es el de hiperdulía especial, distinto de cualquier otro.» Expléndido es el testimonio de San Buenaventura sobre esta materia: «La Stma. Virgen es una pura criatura, por lo cual no podría pretender culto de latría. Pero teniendo un nombre tan excelente, que no existe otro semejante entre las criaturas, el culto que le corresponde no es de dulía, sino de hiperdulía. El nombre a que me refiero es el de *Virgen Madre de Dios*; nombre de tan alta dignidad, que no sólo los hombres, sino hasta los ángeles lo reverencian de un modo muy especial. Y con razón, pues por ser Madre de Dios está elevada muy por encima de las demás criaturas. Por consiguiente debe ser honrada y venerada más que todas ellas. Y esta honra es la que llaman los maestros hiperdulía.»

«El culto de hiperdulía especial, o específicamente distinto del culto con que se honra a los santos, se funda también, aunque como en motivos menos principales, en el dominio sobre todas las criaturas que mereció cooperando de modo tan especial a la redención, que si Dios no hubiera exigido satisfacción de estricta justicia Ella sola

hubiera podido merecerla; y en su título de Madre de los hombres que tanta confianza en su protección nos inspira y que tan tiernos y delicados afectos hacia Ella engendra en nuestras almas; pues estos son títulos especialísimos que no comparte con nadie y que la engrandecen de modo excepcional.»

Pero, acaso se diga que estamos laborando fuera de la cuestión, porque lo que ahora debe preocuparnos es ásentar el culto debido a la Santísima Virgen Niña y estamos hablando del culto en general de nuestra divina Madre.

Mas no es así. Hemos expuesto las generalidades del culto de la Santísima Virgen para deducir con más exactitud y precisión lo referente a la clase de culto con que debemos honrar a la Divina Infantita.

Y en efecto, de todo lo expuesto se sigue en primer lugar que, siendo la comunicación de Dios con la Stma. Virgen desde su concepción excepcional, llegando a agotar la posibilidad de otra semejante, siquiera dentro de la economía adoptada por la providencia divina, el culto que debemos a la Stma. Virgen Niña, no puede menos de ser de dulcía excelente o de hiperdulcía en cuanto ésta significa el culto mayor que puede darse a una criatura por razón de la gracia recibida y de la santidad adquirida, ya que nadie recibió como Ella desde el principio la plenitud de gracias, ni nadie la hizo superabundar como Ella, no sólo en su corazón, si que también en todas las almas que han seguido sus huellas y le han imitado en el ejercicio de sus virtudes incomparables.

De la Bula «Ineffabilis» es el siguiente párrafo que sinteliza admirablemente cuanto pudiera decirse acerca del culto de excelente dulcía que merece la Stma. Virgen:

«De aquí el siguiente profundísimo pensamiento expresado también por los Padres unánime y elocuentemente: Que la muy gloriosa Virgen, Aquella en quien el Omnipotente ha obrado grandes cosas, ha sido colmada con tal efusión de todos los dones celestes, con tal plenitud de gracias, con tal esplendor de santidad, que ha sido como el milagro inefable de Dios, o mejor el más grande de sus milagros: que era verdaderamente digna de ser Madre de Dios; que se acercó a Dios cuanto le es posible a la naturaleza creada acercarse a la divinidad y que por esto se halla muy por encima de todas *las alabanzas, lo mismo de las de los ángeles que de las de los hombres.*»

Pero, ¿merecerá la Divina Infantita culto de especial hiperdulcía? El fundamento de este culto ya hemos visto que es la Maternidad divina. ¿Podrá considerarse como madre una niña en su primera infancia y darle la reverencia y el honor que como a madre le corresponde?

Suárez tratando de la impecabilidad de la Stma. Virgen responde a esta pregunta del modo siguiente, disipando toda sombra de duda e incertidumbre:

«Hablando con toda propiedad la Stma. Virgen no fué más impecable después de la segunda santificación, esto es, cuando real y físicamente concibió al Verbo, que cuando recibió su primera santificación, es decir, cuando al ser concebida le fué concedida la justi-

cia original, pues aunque en este primer momento no era real y físicamente Madre de Dios, estaba desde la eterna e inefable preordenación divina destinada a este oficio cuya excelencia solamente Dios puede apreciar, puesto que el término es Dios hecho hombre y solamente Dios puede conocerse así mismo en todo su valor y bondad. Por esta eficaz elección de María para ser Madre del Unigénito, ya era considerada como tal desde el momento de su concepción, aunque todavía el Espíritu Santo no tomara la purísima sangre de Ella para formar la naturaleza humana que había de personificar el Hijo de Dios. Por lo tanto, María recibió desde el primer instante de su ser la plenitud de gracias y dones naturales y sobrenaturales, la justicia original, la extinción del fomes peccati y todos los demás singularísimos privilegios que convenían a la Madre de Dios.


Esto mismo es lo que dice S. Agustín: (Tract. 8. In Joan.) «Antequam de Illa natus esset, in prædestinatione noverat Matrem, et antequam ipse Deus crearet de qua ipse homo crearetur, noverat Matrem:» antes que de Ella naciera el Hijo, la conocía éste como Madre suya en los planes divinos, conociéndola, por lo tanto, antes de que fuese creada.

De modo, que la Maternidad divina está tan íntimamente relacionada con las gracias y dones singularísimos de la Stma. Virgen como el tallo y la flor, la causa y el efecto. Así, que al considerar tanta grandeza, como hemos visto en los artículos anteriores, que encierra la Divina Infantita, acude a nuestra mente de manera espontánea la razón de tanta santidad y gracia: fué tan grande siendo Niña, porque moralmente era ya la Madre de Dios.

Acabaremos con la siguiente nota que ponemos en nuestra Teología Mariana.

«Así como considerada la humanidad de Cristo separada de la persona del Verbo puede ser objeto de culto de hiperdulía por su excelencia y santidad creada, pero no hay costumbre de dar a Cristo este culto, aparte de otras razones, por lo difícil que se hace separar con la consideración la naturaleza humana y la persona del Verbo en Cristo; así aunque pueda darse a la Santísima Virgen culto de dulía excelente, considerando solamente en Ella su gracia y santidad y prescidiendo de la Maternidad divina, puede decirse que no hay costumbre de darle este culto por la dificultad de separar con la mente su gracia, santidad y gloria y su divina Maternidad, que es el fundamento de todos sus admirables privilegios.»

Franco S. Marón



Tercero y último tomo de la **TEOLOGÍA**
MARIANA de D. Francisco Salvador.

Informe del Sr. Censor.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

Cumpliendo el honroso encargo de S. S. he examinado atentamente el original del tomo tercero de la **TEOLOGÍA MARIANA** que viene publicando el M. I. Sr. D. Francisco Salvador, y con suma complacencia tengo que manifestar a S. S. mi juicio enteramente favorable a su aprobación y licencia para publicarse.

Este último volumen de tan apreciada obra en el que tan docta y piadosamente se trata de las virtudes y del culto de la Stma. Virgen, es digna coronación de los dos anteriores, con los que forma una **TEOLOGÍA MARIANA** de tal índole y mérito, que no sólo iguala en su fondo doctrinal a los tan clásicos tratados de Lepicier y Terrien, aventajándolos en la orientación y forma de las cuestiones modernas referentes a la Virgen Nuestra Señora, sino que, a juicio del autorizadísimo mariólogo, P. Nazario Pérez S. S. es la más importante y completa de cuantas se han publicado en castellano.

Procede, por lo tanto, acceder a la petición del M. I. y meritísimo autor.

DR. JUAN DE DIOS PONCE
CANÓNIGO LECTORAL

Aprobación y licencia

Nos, el Doctor D. Andrés Vilchez López, Deán de esta Santa y Apostólica Iglesia Catedral y Vicario Capitular de la Diócesis de Guadix y Baza, S. V. etc., etc.

Por lo que a Nos toca, concedemos Nuestra licencia para que

pueda publicarse el tomo tercero de la **TEOLOGIA MARIANA** del M. I. Sr. Licdo. D. Francisco Salvador, Canónigo de esta S. y A. Iglesia Catedral, mediante que, de Nuestra orden, ha sido examinado y no contiene cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral y felicitamos al autor por haber llevado a cabo esta obra que, a juicio del discretísimo Censor, es tan completa y de tan extraordinaria importancia; y fundándonos en las mismas razones que él, la recomendamos con toda eficacia y deseáramos que nuestros amadísimos sacerdotes se inspiraran en ella para predicar de la Santísima Virgen, y que los seminaristas informaran en ella su espíritu mariano. Imprímase esta Nuestra licencia al principio de la obra y entréguense dos ejemplares en la Secretaría del Gobierno Eclesiástico de este Obispado.

Guadix 22 de Marzo de 1922.

EL VICARIO CAPITULAR
DR. ANDRÉS VÍLCHEZ LÓPEZ
DEAN

POR MANDATO DE S. S. ILUSTRÍSIMA
DR. CASIMIRO GÓMEZ
CAN. SERIO.

IMPORTANTE

Muy pronto será editado el tomo I de pláticas doctrinales para el catecismo de adultos, por D. Francisco Salvador. Este primer tomo contendrá la explicación del Credo. Su precio cinco pesetas.

Está a la venta la «Teología Mariana» de D. Francisco Salvador Ramón. Consta esta importante obra de tres tomos, siendo el valor de la misma quince pesetas, más los gastos de correo y certificado.



La Verdadera devoción a la Santísima Virgen

PARTE PRIMERA

CAPITULO II

Discernimiento de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen.

Artículo III

La verdadera devoción a la Stma. Virgen

Sus caractres

Relacionando perfectamente todo el articulo II de este capitulo con el III que hoy empezamos, con toda sencillez el Vidente de *La Verdadera Devoción a la Santísima Virgen* escribe en el número 115:

«Después de descubrir y reprobar las falsas devociones a María, es preciso establecer en pocas palabras la verdadera. Esta es: 1.º interior; 2.º tierna; 3.º santa; 4.º constante; 5.º desinteresada.»

Cualidades son éstas indispensables en toda devoción perfecta. La virtud es del alma, aunque el cuerpo la sirva como instrumento que exterioriza los actos; pero en donde hay que estudiar especialmente muchas virtudes es en el lazo de unión del espíritu con el cuerpo en el que radican las pasiones, por este motivo el divino Maestro, si enseña que nuestras buenas obras sean manifiestas a los hombres, para que en viéndolas glorifiquen al Padre celestial, no por eso deja de recomendar que no aparezca el que hace la obra buena, instándole para que se oculte, si que también cuando El se propone como ejemplar de virtudes, que nosotros estamos obligados a practicar, nos enseña que atesora El esas virtudes en su interior, en su corazón. La cualidad primera señalada por nuestro veneradísimo Beato, no puede estar más en conformidad con el espíritu de Cristo y por eso, sin duda, escribe estas brevisimas palabras:

§ I.—Primer carácter: Devoción interior

«1.º La verdadera devoción a la Santísima Virgen es *interior*, esto es, nace del espíritu y del corazón; y la produce la estima que se hace de la

Santisima Virgen, de la alta idea que uno se forma de su grandeza y del amor que la profesamos.

Y si es clara y firme esta doctrina no lo es menos la que expone en el número 117: la ternura.

Amar a nuestra madre y no amarla tiernamente es como una paradoja, un contra sentido. Mas, apesar de que asi debe ser y asi lo han sentido y practicado todos los santos, a la cabeza el Doctor meliflúo que nada austero consentia que vieran en la Reina del amor los devotos de Ella, conviene no olvidar que no se trata de una sensibleria, ni de sensibles regalos que nos seduzcan, no. Ella nos consalará, sin duda, más para fortalecernos, para hacernos más apetecible el camino de la cruz, para ser más amadores de los desprecios y de tal modo serán los regalos de la Reina Inmaculada que Ella nos hará apacibles los caminos que Ella siguió en su transformación con su Hijo divino desde que fué concebida hasta que fué asunta, haciendo que no sintamos más ansias que las de ser perfectos esclavos del Señor y tan fuertes, que nos sintamos firmes y serenos sobre la cumbre del Calvario, cuando tenga el Rey soberano la misericordia de llevarnos a sufrir junto a la cruz los terribles tormentos de las almas, abandonadas por El y atribuladas por los hombres. Dejando aqui escrito nuestro reproche y acerba condenación del espíritu sensible que tanto perjudica, aun a las almas que más aman la perfección, leamos al mariano Maestro.

§ II.—Segundo carácter: Devoción tierna

«2.º Es *tierna*, es decir, llena de confianza en la Santisima Virgen, como la de un niño en su cariñosa madre. Ella hace que un alma recurra a Maria en todas sus necesidades de cuerpo y de espíritu, con mucha sencillez, confianza y ternura; que implore la ayuda de su celestial Madre en todo tiempo, lugar y cosa: en las dudas, para que la esclarezca; en los extravíos, para que la vuelva al buen camino; en las tentaciones, para que la sostenga; en las debilidades, para que la fortifique; en las caídas para que la levante; en los desalientos, para que la infunda ánimos; en los escrúpulos, para que la libre de ellos; en las cruces, trabajos y contratiempos de la vida, para que la consuele. Por último, en todos sus males de cuerpo y de espíritu, halla en Maria su ordinario socorro, sin temor de importunar a esta tierna Madre y desagradar a Jesucristo.»

La santidad de la devoción es el tercer carácter de que trata nuestro bienaventurado en el número 118. Es tanto lo que se dice entre líneas en este número que prescindimos de tratar de ello, pues si el admirable formador del verdadero devoto de Maria nos ha de enseñar la devoción más santa que puede tenerse a la Señora es innegable que esta cualidad ha de resplandecer singularísimamente en la parte principal de este diamantino libro. Dése el lector sabio y piadoso por satisfecho con saborear, ahora, las palabras del amadísimo Beato que así escribe:

§ III.—Tercer carácter: Devoción santa

«3.º La verdadera devoción a la Santisima Virgen es *santa*, esto es, hace que el alma evite el pecado e imite las virtudes de la Santisima Virgen, pero de un modo particular su humildad profunda, su fe viva, su obediencia

cia ciega, su oración continua, su mortificación total, su pureza divina, su caridad ardiente, su paciencia heroica, su dulzura angelical y su sabiduría divina, que son las diez principales virtudes de la Santísima Virgen.»

¿Es acaso que la devoción a la Santísima Virgen transforma de tal manera la condición humana que le quita por completo sus defectos naturales?

Vinculada la gracia a la devoción de nuestra Señora, y no sólo la gracia común y ordinaria, si que también los auxilios especiales, el corazón humano se siente tanto menos de barro, cuanto más se entrega al servicio e imitación de su celestial Reina; y así su modo natural de ser se va perfeccionando hasta adquirir una costancia en el bien que contradice su carácter veleidoso y una fortaleza que, aunque no está exenta de toda flaqueza, le da resistencia para no dejarse vencer fácilmente, o energía para levantarse con prontitud, si desgraciadamente cae.

Ella es la fortaleza, por lo que mil veces es comparada con la torre inespugnable y con ejército bien preparado para entrar en batalla, y a sus devotos no puede menos de comunicarles algo de sus condiciones personales.

Todo esto lo expresa admirablemente el Beato diciendo:

§ IV.—Cuarto carácter: Devoción constante.

«4.º La verdadera devoción a la Santísima Virgen es *constante*; consolida a un alma en el bien y hace que no abandone fácilmente su práctica de devoción; la da ánimo para que se oponga al mundo en sus modas y en sus máximas; a la carne en los disgustos y embates de sus pasiones; al diablo en sus tentaciones; de modo que una persona verdaderamente devota de la Virgen no es inconstante, melancólica, escrupulosa o temerosa. Y no quiere esto decir que no caiga, ni experimente algún cambio en lo sensible de su devoción; sino que, si cae, se levanta tendiendo la mano a su bondadosa Madre; y, si carece de gusto o devoción sensible, no se preocupa por ello, porque el justo y el devoto fiel de María viven de la fe de Jesús y de María y no de los sentimientos del cuerpo.»

El quinto carácter de la verdadera devoción a la Santísima Virgen es el desinterés, lo cual es muy natural que sea así, porque la devoción tanto es más perfecta cuanto más se inspira en el amor, y éste no se preocupa de lo que es interés personal, sino en profundos sentimientos generosos. Se ama a Nuestra Reina porque, después de Cristo, es la criatura más amable. De modo que el verdadero devoto de María la ama, la sirve y se sacrifica por su honor y gloria sin acordarse de que Ella es generosísima y de que promete, como su divino Hijo, el ciento por uno. La sirve aunque de Ella nada esperara, porque en ser su siervo tiene puesta su complacencia. Y esto es lo que expresa el amantísimo autor de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen, en el siguiente párrafo:

§ V.—Quinto carácter: Devoción desinteresada

«5.º Finalmente, la verdadera devoción a la Santísima Virgen es *desinteresada*, es decir, que inspira al alma que no se busque a sí propia, sino sólo a Dios en su Santísima Madre. El verdadero devoto de María no sirve a esta augusta Reina por espíritu de lucro o de interés, ni por su bien, ya

temporal, ya eterno, ya del cuerpo, ya del alma, sino únicamente porque Ella merece ser servida y Dios sólo en Ella; si ama a María, no es por los favores que ésta la concede o por los que de Ella espera recibir, sino porque Ella es amable. He aquí por qué la ama y la sirve con la misma fidelidad en sus contratiempos y sequedades como en las dulzuras y favores sensibles: e igual amor la profesa en el Calvario que en las bodas de Canaá ¡Ah! ¡cuán agradable y precioso a los ojos de Dios y de su Santísima Madre ha de ser aquel devoto de María que no se busca a si mismo en ninguno de los servicios que la presta! Pero, ¡cuán raro es encontrar un devoto así!. Para conseguir que no sea tan exigua esta clase de devotos es para lo que yo he echado mano de la pluma y escrito en el papel lo que ya en las misiones he enseñado así pública como privadamente, durante muchos años, con no pequeño fruto.»

Un Esclavo

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

SE HA SERVIDO LA

Teología Mariana

de D. Francisco Salvador a los Sres. siguientes:

Tres tomos a D. M. A., Antequera.—Id. id. a D. P. R., Teruel.—Id. id. a D. J. G. F., Coruña.

Se ha servido el CUESTIONARIO TEOLOGICO de don Francisco Salvador a los señores siguientes:

Un tomo a D. V. M. P., Toledo.—Id. id. a D. F. E., Durango.—Seis id. a D. P. R., Teruel.—12 id. a L. R. H., Madrid.

ORATORIA SAGRADA

D. B. M., Valladolid.—D. P. D., Cáceres.—D. J. A. T., Cáceres.—D. L. G., Abalos.—Cuatro tomos, a H. de G. del A., Madrid

SUSCRIPCIONES A LA REVISTA.

D. P. P. F., Teruel.—D. A. G. V., Huesca.—D. J. M., Torredonjimeno.—D. E. R. G., Cáceres.—D. T. R., Valencia.—D. J. G., Barcelona.—D. J. M., Lérida.—D. J. V., Lérida.—D. J. P., Lérida.—D. J. S. M., Lérida.—D. J. M., Barbastro.—D. M. S. N., Alcollas.—D. L. M. L., Alcollas.—D. F. B., Salamanca.—D. L. T. Z., Lérida.



DÍA DE LA PRENSA CATÓLICA DEL AÑO 1922

Por primera vez tenemos el honor de invitar a los católicos, como Presidente de la Junta Central de la Asociación Nacional de la Buena Prensa, para que coadyuven con el entusiasmo, que es peculiar de las buenas causas y designios, a la realización de los objetivos que el «Día de la Prensa Católica» tiene entre nosotros, en pro de los grandes intereses católicos. Porque es de notar, que los tres objetos que abarca el «Día de la Prensa Católica», a saber, oración pública, propaganda intensa y donativos pecuniarios, se enderezan en pro de la Prensa católica especialmente, pero su objetivo último y primordial es el fomento de los altos y sacratísimos intereses morales y sociales, de los cuales es propulsor la prensa cuando ella, animada del espíritu católico y patriótico nacional, labora con sus elementos todos, encaminando sus esfuerzos a la propagación de las grandes verdades y afirmaciones católicas, y a la extensión de los imponderables beneficios que la religión derrama en la sociedad y en el pueblo, máxime si es secundada eficazmente la labor de la Iglesia y de sus ministros por difusión de ideas sanas y del espíritu de amor cristiano intenso.

Y no se diga que la misión de la prensa y la propaganda por el periódico, la revista, la hoja volante, el folleto de divulgación de los grandes ideales debe desarrollarse con absoluta independencia de la religión y de la Iglesia. Quien tal dijere desconoce que los principios de la doctrina católica son fundamentales para todo orden político y para todo régimen social, que hayan de tener eficacia para conducir a los pueblos a la consecución del bienestar general e integral, digno del hombre y digno de la sociedad civilizada; ya que la verdadera civilización es la que Cristo trajo al mundo, siendo la Iglesia por Él fundada quien la fomenta y sustenta por los medios morales y éticos que son peculiares y por la energía sobrenatural y divina que le es propia.

Por esto, propio es de la Prensa que sepa inspirarse en los principios fundamentales de ética social colaborar con la Iglesia a la obra magna de la pacificación social y de la regeneración de los pueblos, ya divulgando los principios católicos, morales y sociales, de orden, de justicia, caridad y paz fraternal entre los hombres, mayormente entre los conciudadanos; ya desvaneciendo los prejuicios que oscurecen inteligencias más o menos desconocedoras de la esencia íntima de la religión de Jesucristo; ya sirviendo de instrumento de propaganda de toda obra verdaderamente social y civilizadora.

A estos fines se enderezó desde sus comienzos la celebración del «Día de la Prensa Católica». Estos fueron los objetivos que a esa fiesta señaló el inolvidable Cardenal, Predecesor Nuestro, Emmo. Sr. Almazán; estos son los ideales que inspiran el primer acto que realizamos al anunciar el «Día de la Prensa Católica», señalando para él la fecha del día 29 de Junio, a semejan-

za de lo que estableció Nuestro dignísimo Predecesor en esta Sede Arzobispal y fué aceptado y secundado en sucesivos años por los católicos españoles con la aprobación y solemne aplauso de la Santa Sede.

Que no desmerezca en este año el «Día de la Prensa Católica» del éxito obtenido en el año anterior. Seguramente no desmerecerá; pues, de antemano, Nos atrevemos a augurar la unánime cooperación de los fieles y las bendiciones del Cielo. Encargamos al Centro *Ora et Labora* la ejecución de los medios concretos que deben llevarse a cabo para la vulgarización y la propaganda de la fiesta del «Día de la Prensa Católica», según viene haciéndolo desde que esta fiesta es celebrada en España.

Quiera Dios Nuestro Señor y la Stma. Virgen de los Dolores, en cuya festividad escribimos las presentes líneas, derramar sus gracias y bendiciones sobre esta obra.

Sevilla, 7 de Abril de 1922.

† EUSTAQUIO, ARZOBISPO DE SEVILLA

Programa para el «Día de la Prensa»

ADVERTENCIA

Las siguientes líneas no son más que un ligero apunte o índice recordatorio de los diversos actos que deben integrar el «Día de la Prensa», hecho en obsequio de los que por estar más aislados de los periódicos y centros de información quizás no tengan noticia de ellos.

1.º—COMUNION GENERAL

Debe celebrarse no en una iglesia, sino en todas, aunque resulte menos concurrida en cada una, invitando a todos los miembros, varones y mujeres, de todas las asociaciones establecidas en la iglesia respectiva.

Si es posible, haya misa para esta comunión, y antes de ella fervorín de carácter *supplicatorio* por el Papa y por la Buena Prensa, y de *desagravio* al Sagrado Corazón de Jesús por las ofensas que le infiere y le hace inferir la impía y mala.

Recuérdese a los fieles que uniendo a la comunión la limosna, lúcrase la indulgencia plenaria que para esta fiesta ha concedido el Papa.

2.º—FUNCION SOLEMNE CON SERMON

La misma función del día puede servir admirablemente para el fin del «Día de la Prensa» ya que no es difícil, sin salirse del tema «San Pedro y San Pablo, la Iglesia», tratar de la Propaganda católica, y de la prensa, tanto más

cuando que el Romano Pontífice ha sancionado, con su suprema autoridad, esta fiesta por la prensa.

Si el fervorín ante Jesús Sacramentado parece no admitir más que la *petición* y el *desagravio*, el sermón de la fiesta ya puede tener carácter moral, exponiendo desde cierta altura (sin necesidad de descender a pormenores ni hacer alusiones o dirigir inectivas, más propias de la tribuna que del púlpito) la doctrina de la Iglesia sobre las buenas y malas lecturas y la aplicación de esta doctrina al caso de los periódicos.

El fomento positivo de la prensa católica y la protección económica que se pide para ella, tiene otro aspecto más hermoso aún; pues puede considerarse como una gran propaganda de la verdad católica y una obra de misericordia espiritual.

La función matutina terminará con la Oración de la *Liga de Oraciones*, leída desde el púlpito.

3.º—FUNCION VESPERTINA

En algunas localidades, sea porque no puedan celebrar Velada, o ésta tenga lugar por la noche, sea por acomodarse a la costumbre local, se ha introducido el uso de reunir a los fieles por la tarde ante Su Divina Majestad manifiesto, habiendo plática o sermón sobre la prensa, letanías de la Santísima Virgen cantadas, la Oración de la *Liga* y bendición. No se omite la colecta. Es un hermoso modo de completar espiritualmente el «*Día*», con una nota a la vez, eucarística y mariana.

4.º—ACTO DE PROPAGANDA

Velada, conferencia, mitin o acto atrayente (teatro infantil, proyecciones, cine aprovechado para vulgarizar las cuestiones de prensa, y de más o menos relieve, según los medios de que disponga, no debe omitirse en ninguna capital de diócesis o de provincia y debiera celebrarse también en todas las cabezas de arciprestazgo o de partido judicial.

Con un par de números de canto o música (a cargo del elemento femenino), un discurso de prensa que puede ser hasta leído, aunque no es lo mejor—, y que bien puede encomendarse, en defecto de un hombre de carrera, a un joven estudiante,—alguna poesía, un saludo de un miembro de la Junta Organizadora, que explique el acto para comenzar, y dos palabras del Presidente, que hace el resumen, para concluir, está la velada hecha, fácilmente y no sin fruto.

Y, sobre todo, en localidades de segunda importancia, no acostumbradas a actos de este género, asistirá la población en masa.

Téngase presente que el Centro «*Ora et Labora*» facilita cuentos, poesías y aun discursos, dispuestos ya en cuartillas, para evitar el trabajo de copiarlos.

Preferible es a la velada el mitin de sólo hombres (en poblaciones donde haya número suficiente y cuando se puedan convocar los que pertenecen a las asociaciones católicas) y conferencias para sólo señoras; estas conferencias dadas a ser posible por señoras (profesoras católicas de Normal pudieran ser, y aquellas por profesionales del periodismo). Pero esto sólo podrá hacerse en con-
tadas localidades.

En poblaciones pequeñas donde ni siquiera sea posible una velada infantil

con los niños del catecismo, no debe omitirse el acto de propaganda sustituido por el reparto de hojas.

5.º— COLECTA

Las dificultades que ordinariamente impiden obtener un buen resultado de la colecta, deben contrarrestarse con el anuncio previo de la misma y de sus fines, el reparto de hojas *ad hoc*, la publicación de la indulgencia, el reparto a domicilio de los sobres, especialmente impresos y aun procurando previamente cada Junta Diocesana o Local una lista o suscripción de personas y entidades calificadas, para publicarla, como ejemplo, la vispera del «*Día de la Prensa*», en los periódicos locales.

A esto ayuda que el periodo de colecta se dé por abierto cinco días antes, coincidiendo, si es posible, con la reunión de las señoras postulantes bajo la presidencia del Prelado o del Párroco, así como el prorrogarlo hasta el 10 de Julio, sirve para poder hacer una segunda instancia a los apáticos y rezagados.

Los medios empleados para hacer la colecta no deben tener otros límites que los de la moral cristiana y así no debe circunscribirse a la mañana en la iglesia, sino que, según las circunstancias de la localidad, puede y debe hacerse en las calles, a domicilio y en el acto de propaganda.

También se puede pedir que contribuyan no sólo los particulares, sino las entidades, asociaciones, ecétera; en una palabra, todos aquellos a quienes la Prensa católica beneficia.

Aprovechando en cada localidad lo que sea posible de lo dicho, se celebrará con mucho fruto en todas partes el «*Día de la Prensa Católica*».

I M P O R T A N T E

Con mucho gusto accede esta Administración a dar facilidades para el pago de las obras que se venden en la misma. Al hacer el pedido indíquese las condiciones en que desean hacer el pago y tengan la seguridad de que serán aceptadas, siempre que los peticionarios sean sacerdotes.





Sermón: El Divino Apóstol y la Samaritana⁽¹⁾

A LOS SACERDOTES ESCLAVOS DE MARÍA DEDICA ESTA SERIE DE SERMONES
UN CANÓNIGO ACCITANO

EL apóstol busca a las almas a toda costa, sin temer la fatiga y sin preocuparse ni aun de las cosas más necesarias de la vida. La más hermosa figura del apóstol la vemos retratada en el evangelio de la Samaritana con verdadero lujo de detalles que conviene meditar muy mucho a los que se han de ocupar en tan honorífico cargo. «Llegó, pues, Jesús a la ciudad de Samaria, llamada de Sicar.» Llegó El sin haber sido llamado de nadie; el apóstol sólo necesita ser enviado. Llegó a una ciudad de Samaria, llamada de Sicar. Lugar de enemigos de los judíos. El ser judío solamente era bastante para ser mal visto de los Samaritanos. Esta ciudad estaba cerca del campo que dió Jacob a su hijo José. Aquel debía ser campo de abundante mies, porque representaba el amor de Jacob a su hijo predilecto. Todas las ciudades fabricadas por los hombres están cerca de los fértiles campos que Dios ha regalado a sus hijos amados, entre los que tiene El sus complacencias y por los que dejó Jesucristo las noventa y nueve ovejas y vino a buscarlos a ellos que se habían extraviado por los senderos del mundo apartándose de los caminos del cielo. «Y estaba allí la fuente de Jacob.» En la que bebieron los ganados del santo patriarca, figura de Cristo, y con la que el Enviado quería comparar la fuente del agua viva que El venía a abrir para que en ella se saciaran todos los que tuvieran sed de justicia, y sin oro ni plata pueden acudir para saciarse, apartándose de las cisternas corrompidas del mundo, que lejos de apagar la sed la aumentan avivando el fuego de las pasiones. Jesús, pues, cansado del camino; había tenido que andar para buscar a más. Llegó Jesús al lugar donde las había de encontrar y entonces sentóse sediento y fatigado a esperar a la que buscaba. «Era la hora de sexta.» La hora de la plenitud del día; la hora en que los que trabajan necesitan alimento y descanso; la hora en que Jesús llegó a la cumbre del Calvario y subía al árbol de la Cruz sediento, y tan fatigado que por sí sólo no

(1) Este Evangelio se lee en el de S. Juan Cap. 4.º, desde el versículo 5 hasta el 42

hubiera subido, como si nos quisiera dar a entender que el apostolado no se consuma sin los más atroces tormentos. «Vino una mujer de Samaria a sacar agua.» He aquí el alma que buscaba Jesús. Vino a salvar todas las almas que habían perecido, y no se desdía de trabajar y fatigarse para convertir a una sólo. «Díjole Jesús: Dame de beber.» Con cuanta razón se dice que la sed sentida por Cristo fué siempre de almas. «Sitio:» dijo en la Cruz, pidiendo el refrigerio de las almas que se habían de aprovechar de su sangre. «Dame de beber, dijo a la Samaritana, que fué como si le dijera: dame tu alma.»—La humildad del Divino Apóstol está en relación con la ardiente sed de almas que tenía. Jesús se hace inferior a una mujer, más que ignorante, pecadora, y de la que sabía no había de recibir más que el desprecio de los enemigos, y no se humilla solamente siendo el primero en hablar, se humilla del modo más desventajoso posible cual es pidiendo un favor a un enemigo. Y pedía este favor cuando aquella mujer fácilmente comprendía que ella sólo podía hacer tal obsequio, lo que aumenta la dureza del que lo ha de hacer, sobre todo cuando no tiene voluntad. «Porque sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer.» Prevalecida la Samaritana por todas estas circunstancias e impulsada por su mal querencia a los judíos no tardó en responder diciendo con osadía: «¿Cómo tú siendo judío, me pides de beber a mí que soy mujer samaritana?» La repulsa no pudo ser más terminante. Si entre Judíos y Samaritanos no hay trato alguno ¿cómo tú te atreves a pedirme un obsequio? ¿Te obliga la necesidad? ¿Te falta fortaleza de hombre para resistir la sed y por eso abajas hasta pedirme de beber? Jesucristo pasa por alto los reproches que a El se le dirijen y ganoso siempre de llevar las almas al conocimiento de las cosas divinas, y de ser reconocido como enviado de Dios, para que a él se le pidan las gracias de que es depositario, respondió a la Samaritana, diciéndole: «Si tú conocieses el don de Dios.» Esto es, si tú conocieras la gracia, el amor divino. Si tú supieras que dentro de poco tiempo el amor que los hombres habréis de aprender de mí borraré todos los linderos por la caridad y ante ella no habrá distinción entre judíos y samaritanos. «Si tú supieses quien es el que te dice dame de beber.» Si tú supieses que este Judío es el Padre de todos los siglos, el principio y el fin de todas las cosas, el Salvador de judíos, samaritanos y gentiles, el dueño de todos los bienes y el árbitro de todos los favores, bien cierto es que entonces lejos de admirarte de que yo te pida una poca de agua de la que vas a sacar de este pozo, tú me pidieras a mí y yo te diera agua viva.» Admirable modo que el Divino Apóstol enseña a los que le han de seguir en este camino del apostolado para insinuarse en las almas de cualquier estado y condición que sean. «Si conocieras el don de Dios» es una frase que se le puede decir a todo el que desconoce a Cristo o vive en el pecado. Al que por ignorancia o corrupción del corazón se aparta de las cosas divinas o no las conoció jamás a ese se le puede llamar la atención diciéndole: «Si scires donum Dei.» Y al que por haberse ocupado toda su vida en el conocimiento de las más excelentes ciencias naturales se olvida o aparta de Dios, a ese por mucha que sea su sabiduría se le puede hacer con toda oportunidad la misma insinuación de Jesús a la Samaritana. «Si scires

donum Dei. » Y si conocieses, quien quiera que seas, a éste que te dice dame de beber, cuan cierto es que tú, sabio o ignorante, rico o pobre, hombre o mujer, acudieras a El para p dirle, porque El es la fuente de todo bien y el foco de toda verdad que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, luz que supera los resplandores de toda humana ciencia, y que informa toda rectitud y bondad con la doctrina y reglas de virtud que nos ha ense nado con obras y palabras, y que no han podido ser hasta hoy, ni serán jams, mejoradas por hombre alguno. «Si supieses el don de Dios y quien es el que te dice: Dame de beber, t  de cierto le pidieras y El te daría agua viva.» Consoladoras palabras que no debe olvidar la humanidad entera; pues a todos los hombres llama Jesús al conocimiento de El, para que reciban agua viva y sean con ella refrigerados. Pero los hombres, cada cual por una causa inmediata especial, y todos por que se olvidan en general de que no han sido criados para las cosas de la tierra, y que Dios tiene y da todos los medios conducentes al eterno fin para que nos ha criado, contestan a esta oferta, que repite la Iglesia y repitir  en todos los siglos, con las mismas palabras que respondió a Jesús la Samaritana: «Señor, no tienes con qué sacarla y el pozo es hondo » Palabras que nacen en la Samaritana de la más sencilla reflexión natural, dada la ignorancia que tenía del don de Dios, que se le ofrecía y de que es Dios mismo el que se le ofrece. No tienes cubo ni soga. aquí no hay agua más que en este pozo y est  hondo; luego no puedes dar lo que prometes. La ciencia de la razón sola saca esta consecuencia, y en su demencia, creyendo que no hay más agua que la que ella puede extraer de sus pozos, con su entendimiento y voluntad, l nzase loca a buscar el agua viva de la paz que nunca encuentra y que menos halla, cuanto más se afana por encontrarla en sí misma, pues la humana bondad no es verdadero manantial, es vena de agua nacida del corazón de Dios; la ciencia humana, del mismo modo, no es foco de luz, es haz de rayos luminosos que el Divino Verbo ha reflejado en nuestra mente; y, por lo tanto, cuanto más nos apartamos del manantial, más desabridas y menos abundantes serán las aguas, y cuanto más nos apartamos del foco, más tinieblas cercar n nuestra mente. Esto es lo que sucede en nuestros tiempos, que buscando luz y bondad fuera de su origen vienen los hombres a dar en los errores más crasos y en los más repugnantes vicios, mientras protestan de lo contrario y de hecho quieren lo contrario; aunque así les sucede, porque la fuerza natural de las cosas est  fuera del querer del hombre, y es ley inmutable que los que se apartan de Dios perezcan en el vicio, en el error y en la muerte eterna.

Siquiera los hombres no se convencieran tan pronto, como lo hacen, de que Cristo no puede dar lo que ofrece, con la Samaritana le preguntarán:  De donde, pues, tienes el agua viva? Legítima consecuencia que el sentido común deducía en este caso. Si tú no tienes pozo, ni pozal, ni cuerda  de donde sacar s el agua viva que me ofres? La Samaritana no sabía que quien hablaba con ella era el eterno manantial de la vida y el que del vino hacía agua y de la nada creaba todas las cosas. Por eso juzga su deducción evidente y para argumentar de modo que Jesús nada pudiera responder a  ade: «Por

ventura eres tú mayor que nuestro padre Jacob, el cual nos dió este pozo, y él bebió de él, y sus hijos y sus ganados? Para que tú pudieras cumplir lo que ofreces era menester que fueras mayor que Jacob. La respuesta es digna del Divino Maestro. No es hora de emplear palabras para demostrar que es superior al Patriarca aludido, es hora de que en sus obras aparezca clara esta superioridad, y por eso Jesús con sublime sencillez respondió: «Todo aquel que bebe de esta agua volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed, porque el agua que yo le daré, se hará en él una fuente de agua, que saltará hasta la vida eterna.» La respuesta no puede ser más terminante; deshace el argumento de la Samaritana del modo más concluyente. La réplica de Jesús la podemos formular de este modo: cuanto el agua que yo daré es superior a la que en este pozo os dejó el Patriarca Jacob tanto soy yo mayor que él. El que bebe de esta agua volverá a tener sed, mas el que bebiere del agua que yo le daré, nunca la sentirá. Los que beben en las cisternas corrompidas del mundo, cuanto más beben más sedientos están; porque en esa sed de goces, de riquezas, de honores, de felicidad andan siempre, como vulgarmente se dice: «bebiendo los vientos» y en nada hallan satisfacción, y siempre piden más, y nunca sacian su sed, cuanto menos sentiranse hartos. En cambio, el que bebe del agua que da Jesús no vuelve a sentir sed, no vuelve a desear ni más goce, ni más riqueza, ni más honor que ser de Cristo, y con San Francisco «Deus meus et omnia» repite sin cesar. Y para beber de esta agua no tendrá necesidad de ir a buscar a parte alguna aquel a quien Jesús le diere a beber de ella, pues en el interior del que la beba se hará una fuente que no se cegará nunca sin la voluntad del que la reciba, pues el reino de Dios está dentro de nosotros mismos, y Dios mora y permanece en los que le aman, que son los que beben el agua viva de la caridad divina; y como Dios tiene sus delicias en estar entre los hijos de los hombres, de aquí que esta fuente nunca falta, sino es porque nosotros arrojamos a Dios de nuestras almas; y de aquí también, que de esta fuente mane un salto de agua que llega hasta la vida eterna, pues las fuentes de las aguas del Salvador que salen del trono de Dios y del Cordero vuelven al mismo trono, llevando entre sus ondas, primero las oraciones y obras de los santos y después las almas puras de los mismos, que han de vivir anegados eternamente en el mar de las infinitas delicias. Si el agua que da Jesús tiene cualidades infinitas, tanto es superior Cristo a Jacob. Mas la Samaritana que no se preocupaba tanto de las cualidades de Jacob y del que le hablaba, como de las ventajas que a ella le podían reportar los ofrecimientos de Jesús, sin más rodeos exclamó:—«Señor, dame de esa agua para que yo no tenga sed, ni venga aquí a sacarla.» Este es el lenguaje y el deseo de los mundanos: tener satisfechas sus necesidades y que no les cueste trabajo.—«Dame de esa agua para que no tenga sed.» La Samaritana no tiene más fin que satisfacer su necesidad. Pide el agua del cuerpo, porque ella no sabe que no es sólo el agua material la que refrigera al hombre. Y como pide el agua que ahora cree que puede conseguir, pediría también cualquiera otro bien terreno, y mejor todos los bienes

que según su creencia la habían de hacer feliz, teniendo satisfechos sus deseos también terrenos. Y los quiere poseer de manera que no le cueste siquiera el trabajo de ir a tomarlos; y por eso dice aquella segunda parte de su petición o el fin por qué la hace: «para que no venga yo aquí a sacarla.» Así habla hoy el socialismo anticatólico. Y por eso se predica y se aspira a implantar la sociedad sobre las bases del más loco comunismo, y cuando a tanto no se llegue, en lo exagerado de la tendencia de ganar mucho trabajando poco se manifiesta claramente el deseo de la humanidad de satisfacer sin trabajo sus necesidades. Y como a esta petición que hace hoy la extraviada sociedad a la Iglesia Católica, ésta no puede responder inmediatamente, repitiendo el milagro de los panes y peces, todos los días y sin motivo; por eso la sociedad la considera enemiga de sus deseos, cuando la Iglesia es la que da las normas de la verdadera sociedad, enseñando desde los principios de la civilización, que todos y cada uno de los hombres han de ganar el pan con el sudor de su rostro; amonestando a los ricos para que no se den a los goces ilícitos de la tierra y para que reconociéndose nuevos administradores de sus fortunas las empleen en atender las necesidades materiales, intelectuales, morales y religiosas de los pobres, y enseñando desde todo tiempo al patrono que debe pagar lo justo al obrero y sin retenérselo; advirtiéndole que lo justo no es lo que determina el que da el trabajo, ni lo que convienen el patrono y el obrero, cuando éste está acosado por la necesidad o por cualquiera fuerza que lo obliga a someterse. Lo justo es lo que determina la costumbre general que se basa en las necesidades del pueblo. Necesidades que pueden variar y que de hecho varían, según los tiempos, y a las que deben avenirse los patronos hasta colocar a los obreros en las condiciones sociales que las circunstancias exigen. Aspiración muy natural de todo hombre, a la que no se puede responder satisfactoriamente por ningún poder ni humana teoría, sino es fundándose siempre en la esperanza de otra vida, en donde serán perfectamente compensadas las diferencias que en este mundo es imposible eliminar; porque nacen del mismo modo de ser natural del hombre, y porque la humana satisfacción sin trabajo, que es lo que pide la Samaritana, es imposible en esta vida, por los goces sólo de bienes materiales, y porque solamente se puede hallar verdadero bienestar relativo en la posesión y goce de los bienes sobrenaturales, mientras nos conformamos con los bienes materiales que Dios nos da; por eso Jesús con sabiduría propia de Dios quiere levantar a la Samaritana al orden sobrenatural y para eso le dice: «Ve, llama a tu marido y vuelve acá.»—Para que yo te dé el agua que me pides debe estar presente tu marido, o a él debe ser a quien yo le dé esta agua, para que de sus manos recibas tú esté don. Impulsada la Samaritana por la ansiedad egoísta del mundano que aspira a un bien que está ya a punto de alcanzar y que tiene que perder por cualquiera circunstancia que se interponga, dijo inmediatamente: «No tengo marido.» Es la única vez que la Samaritana no usa la palabra de respeto:—«Señor»—que en todo este diálogo antepone a todas las preguntas o respuestas que dirige a Jesús. El Divino Apóstol puede decirse que aguardaba llegar a este punto para atraer a la

Samaritana de la consideración y afecto de las cosas humanas, al pensamiento y deseo de las divinas; y así el que escudriña los corazones y las entrañas, aquel a quien todas las cosas son manifiestas, con sabiduría inimitable y con dulzura muy para ser aprendida, repuso: «Bien has dicho, no tengo marido.» Porque cinco maridos has tenido y el que ahora tienes, no es tu marido: esto es dicho con verdad. — De creer es que tal fuera la Samaritana como suenan materialmente estas palabras: mujer que hubiera tenido cinco maridos y que a la sazón estuviese unida en concubinato con otro hombre; como tampoco se opone al modo de obrar de Dios el creer, que, en la forma material de tales palabras, hizo Jesús entender a la misma Samaritana la unión que durante toda su vida había tenido con sus sentidos, no viviendo más que para ellos con vida puramente sensual, habiéndose regalado solamente con ellos, que son cinco legítimos compañeros de nuestra naturaleza; pero que, mal empleados, engendran el mal espíritu que informa la vida de los que, dados a los regalos de la sensualidad, se olvidan de los dictámenes de la razón y mucho más de los caminos de la mortificación por donde es llevado el hombre a Dios. De donde resulta que los que viven sensualmente se unen ilegítimamente con el espíritu de la carne que nos aparta de las cosas divinas; pues gustados los deleites carnales saben desabridos los del espíritu; y porque sabido es que la prudencia de la carne es enemiga de Dios. Y como quiera que el entendimiento es una tabla rasa en la que se escribe mediante los sentidos, de aquí que según éstos comunican buenas o malas impresiones, así el entendimiento corresponde a los principios de la carne o a los principios del espíritu. El entendimiento informado, según los principios de la vida animal, es el marido ilegítimo de la criatura racional hecha para el cielo y para las cosas que son de Dios. Este marido ilegítimo engendra en los que se le unen al hombre viejo, formado en las cosas que son de acá abajo, abrevado en las cisternas disipadas del mundo, y alimentado de las bajas pasiones; y éste es el que hay que trocar por el hombre celestial, por el hombre nuevo, formado en la conversación y saber de las cosas de arriba, según el Divino Modelo, que es el Mesías Prometido, y en la mortificación de las malas pasiones para que no le impidan recibir todo bien y don perfecto que viene del Padre de las luces. Todo esto y más pudo Dios darle a entender a la Samaritana en menos tiempo del que necesitó para pronunciar las palabras que le dijo. De cualquiera modo de los dichos que Dios hablara a la Samaritana ésta conoció que aquél que le había pedido agua era un verdadero profeta de Dios, y, como así lo conociera, olvidándose del agua viva material, que con tanto interés había pedido, y, como si fuera arrebatada del deseo de conocer las cosas divinas, dijo: «Señor, veo que tú eres profeta. Nuestros padres en este monte adoraron y vosotros decíis que en Jerusalén está el lugar en donde es menester adorar. He aquí a la Samaritana olvidada del agua material que con tanta instancia pedía, y convertida en discípula de Cristo en orden al conocimiento de Dios y de su culto, que era el asunto religioso de más importancia y trascendencia que un samaritano podía proponerse así mismo. Avalorando más ésta pregunta el que era samaritano y sabía

el modo de pensar de aquel a quien antes había rehusado dar agua por su condición de judío. Esto nos demuestra que, ya se olvidó también de que Cristo tuviera esta cualidad y ella ya no habla más que con el Profeta, con el Enviado de Dios, con el Maestro sincero que ni la engañará, ni la disimulará la verdad por alhagarla, sabiendo El lo que ella cree acerca de la consulta que le hace. Jesús entonces, correspondiendo a las esperanzas de aquella mujer sencilla, respondió diciendo: «Mujer, créeme a mí, ya llega el tiempo en que ni precisamente en este monte ni en Jerusalén adoraráis al Padre, sino en cualquiera lugar.» La respuesta no puede ser más precisa. En sí misma considerada favorecía la creencia de los samaritanos, porque expresaba que Dios debía ser adorado en Jerusalén y en el monte Garicín y en todo otro lugar cualesquiera. Mas para que la Samaritana no creyese que Jesús aprobaba el cisma de los suyos añadió: «Vosotros adoráis lo que no conocéis, nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud procede de los Judíos. Con estas palabras reprueba el Divino Maestro el cisma samaritano y garantiza la conducta de los judíos en cuanto el verdadero culto que en el templo de Jerusalén se daba al verdadero Dios; pues así estaba decretado por Dios mismo, porque el Salvador había de nacer de los judíos. Empero, una vez sentado que los samaritanos habían estado hasta entonces en el error y los judíos en la verdad, vuelve el Divino Apóstol a seguir instruyendo a la Samaritana en la tan fundamental y luminosa verdad que ya le había empezado a enseñar y que había de destruir los linderos de la religión del verdadero Dios, para ser la religión de todos los hombres, a los que había venido a llamar Cristo sin distinción de clases, lengua o nación; y así añade: «Pero viene tiempo, y ya estamos en él, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad.» No con puras ceremonias, y signos y palabras exteriores, no con justicia puramente legal, mas con culto interior y espiritual, del entendimiento y de la voluntad; de tal manera, que lo que crea el entendimiento practique la voluntad y confiesen los labios; que haya verdadera ecuación entre Dios a quien se honra, el sacrificio que se le ofrece y el espíritu con que se le adora; que de otro modo no hay verdad, pues ésta es el resultado de la exacta expresión exterior de lo que interiormente cree y siente el espíritu; y, cuando no se adora así al Señor, no hay verdad en el culto que se le ofrece, y entonces impera la hipocresía y desaparece el espíritu de Dios para entronizarse entre los hombres el reino de las malas pasiones, por las cuales un día lamentóse Dios de haber criado al hombre, porque toda carne había corrompido sus caminos, y fué preciso el diluvio para lavar tanta corrupción. ¡Cuántas veces quédase el Supremo Hacedor de los hombres de que le honran con los labios, pero que tienen el corazón lejos de El! El mismo Cristo, el Rey del Amor, mientras lloraba sobre Jerusalén, pronunciaba aquellas dulcísimas palabras, símbolo de la caridad más tierna: —«Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces quise estrechar a tus hijos en amante abrazo, como la gallina presta calor a sus polluelos debajo de sus alas y tú no has querido!» Y este mismo mansísimo Cordero es el que con divina indignación increpaba a los falsos maestros de la religión lla-

mándolos «hipócritas, raza de víboras, sepulcros blanqueados»; y El mismo con autoridad irresistible castigaba con celo devorador a los que hacían de la religión un negocio y de la casa de Dios una cueva de ladrones. Jesús es la Verdad personificada y humanizada, por eso es imposible que pueda transigir con el error ni con la hipocresía. «Y ha de ser así, añade Cristo, porque tales son los adoradores que el Padre busca.» Los adoradores que el Padre ama, los adoradores en quien Dios vive, los adoradores que piden y reciben, llaman y son oídos, buscan y encuentran. Y Dios lo quiere así por su propia naturaleza, no por pura voluntad y mandato: «Dios es espíritu y, por lo mismo, los que le adoren en espíritu y verdad deben adorarle.» A los hombres se les puede fingir honores y ellos quedar satisfechos con puras exterioridades no nacidas del corazón, porque los hombres juzgamos por lo que vemos, y aunque sabemos, por dolorosa experiencia, que las apariencias muchas veces engañan, esto no obstante, tenemos que dar crédito a lo que nos manifiestan con obras o palabras, mientras no tenemos pruebas de lo contrario; pero con Dios no es así, que El mira más al corazón que a las manos, y más a la intención que a la obra y a los efectos de ésta; y porque siendo como es la infinita verdad, es imposible que sea engañado ni por manifiesto error ni por disimulado engaño.

Una vez que la Samaritana quedó instruída acerca de Dios y del modo como había de ser honrado en adelante, prosiguió ahondando en aquella fuente de agua viva que estaba explotando casi sin darse cuenta, y para adquirir el conocimiento más perfecto de las cosas de la religión, y aprender a qué había de atenerse en adelante respecto al que había de venir, que era la esperanza y preocupación de todo israelita en aquel tiempo, con la misma sencillez y candor con que aquella mujer había propuesto la primera cuestión, propuso ésta segunda: «Yo sé que está para venir el Mesías (esto es, el Cristo), y cuando viniere El nos declarará todas las cosas». En estas ingenuas palabras manifiesta la Samaritana además de su firmísima fe el deseo de que venga el Mesías para cenocer todas las cosas que tienen relación con Dios. Cuales fueran los deseos de ver y de ser instruída por Cristo que sintiera la Samaritana en aquellos momentos, mejor que de las palabras de la mujer se deducen de las que Jesús le respondió diciéndole:—«El Mesías soy yo que hablo contigo».—Al oír estas palabras la Samaritana quedó del todo convertida a Cristo. La sencillez de entendimiento de la Samaritana fué seguida de la docilidad de su voluntad, y la que había ido por agua al pozo de Jacob y empezara por tratar con desdén a Jesús que se humillaba ante ella como un menesteroso, olvidada ahora del agua del pozo de Jacob y llena su alma de aquella otra agua que le había ofrecido el Divino Apóstol, sentía ya surgir dentro de sí misma aquella fuente de suave caridad que salta hasta la vida eterna, e impulsada por la pureza del amor de Cristo que insta, donde quiera que está, para ser comunicada a otros, no fijándose en los discípulos de Jesús que llegaban, y dejándose su cántaro, se fué a la ciudad y decía a sus convecinos.—«Venid y veréis un hombre que me ha dicho todas las cosas que ha hecho. ¿Será éste acaso el Cristo?» Aparte de lo extraordinario de la mutación de la

Samaritana, en cuya conversión se revela la fuerza de cautivar que tiene la palabra divina, y que bastara por sí sola para probar la divinidad de Jesús, lo que nosotros hemos de notar principalmente en estas palabras de aquella mujer convertida es la admirable consonancia que tiene con las que usó Jesús para atraerla a ella. Jesús se humilló a la Samaritana como un pobre, la Samaritana se humilla a sus convecinos como una pecadora, Jesús se insinúa en el corazón de la Samaritana llamándole la atención sobre los dones divinos y sobre sí mismo. La Samaritana del propio modo hace notar a los que la oyen los dones divinos de un hombre que le ha dicho todas las cosas que ha hecho, manifestando al profeta a costa de su propia humillación e incitando a todos para que vengan a verlo.—«Si conocieras el don de Dios y quien es el que te dice dame de beber,»—había dicho Jesús a la Samaritana.—Venid y veréis a un hombre que me ha dicho todas las cosas que he hecho.—Venid y vedlo con vuestros propios ojos y decid si es o no el Cristo. La Samaritana está cierta de que si sus convecinos se acercan a Jesús le reconocerán, como ella, por el Mesías, y por eso la Samaritana no hace secreto de la persona de Cristo, no lo oculta ni procura hacer de El retratos, según ella piensa de El. Ella estaba cierta de que, en conociendo al que le había dicho dame de beber, todos creerían en El y por eso su único ruego es que vayan y lo vean para que así lo conozcan. Eso ha hecho siempre y hace y hará la Iglesia mediante sus apóstoles, llamar a todos los hombres para que vengan a conocer a su Divino Fundador; pero no de un modo superficial y a la ligera. La figura de Cristo se agiganta cuanto más se la conoce. Es imposible estudiar a Cristo en sus enseñanzas y en sus obras y no caer de rodillas ante El y adorarlo.

La falta de conocimiento de Jesús basta para extraviar a los individuos, a las familias, a las sociedades, a las naciones y al mundo todo; por eso el gran cuidado de los apóstoles es que Cristo sea conocido de todos los hombres, clamando siempre con la Samaritana. «Venid y veréis a un hombre más sabio que los siete de Grecia, cuyas enseñanzas dejaron muy atrás las del filósofo Aristóteles y las del Divino Platón, cuyas doctrinas no han podido ser aventajadas, ni aun igualadas, sino es con ellas mismas, ni en el orden social ni en el religioso; no habiendo cosa digna de alabanza en la organización de los pueblos y familias, que sea digno del hombre, si no está tomada de sus enseñanzas; y pasarán otros veinte siglos y éstas sabias doctrinas no serán ni aventajadas, ni aun corregidas, ni reformadas; porque Cristo es la verdad en su misma fuente, el principio inmutable y eterno de toda verdad, el fiel contraste de la verdad. «Venid y veréis un hombre que pasó por donde quiera haciendo bien: dando vista a los ciegos, habla a los mudos, movimiento a los paralíticos, vida a los muertos; que calmó las tempestades del mar, enfrenó las más desenfrenadas pasiones y domó las potestades del averno; que supo anonadarse a sí mismo y hacerse obediente hasta la muerte y muerte de cruz y que muriendo venció a la muerte misma y nos alcanzó el derecho a la inmortalidad feliz, de la que nos dejó los gérmenes y prenda en el Augusto Sacramento del Altar. «Venid y veréis

un hombre que me ha dicho todas las cosas que he hecho»; porque en El resplandece la norma de todas las virtudes y en su mirada la luz para conocer todos nuestros errores y extravíos. El es manso y humilde de corazón; obediente y amante hasta dar la vida por cumplir la voluntad de su Padre y por salvar a sus ovejas, y es más recatado que la violeta, y más puro que el lirio de los valles; por eso en su presencia, a poco que nosotros nos fijemos en El para imitarlo, huye nuestra soberbia confundida, y la impureza sonrojada se aparta de El, alanceada por el candor de sus miradas y el hálito virginal que exhala de su boca; y la humana avaricia escóndese medrosa ante el que tiene por don escaso dar una vez la vida por los que ama. ¿Quién vió jamás un hombre semejante? ¿Quién que sea más digno de ser conocido, seguido y amado? Si buscamos sabiduría acudamos a Cristo, si virtud imitémoslo a El, a lo menos, mientras no podamos oponerle otro más sabio y más santo, porque obrar de otro modo no es cordura, pues ciertamente no lo es apartarse del más sabio y del más santo para seguir las huellas del que es menos o no lo es.

En oyendo las palabras de la Samaritana aquellas gentes «Salieron de la ciudad y vinieron a El » Esto es obrar cuerdamente. Los que no conocen a Cristo, salgan de su ciudad, ciudad del pecado, ciudad de las inclinaciones malas, ciudad de las prevenciones y de las preocupaciones, ciudad de la ignorancia religiosa, ciudad de la educación anticristiana y de los intereses creados anticatólicos; y una vez fuera de todo cuanto pueda obligar a nuestro corazón a no seguir a Cristo venir a El con sinceridad para conocerle.

«Entre tanto que los Samaritanos llegaban le decían sus discípulos, Maestro, come. Jesús les dijo: «Yo tengo para comer un manjar que vosotros no sabéis. Decían, pues, los discípulos unos a otros. ¿Si le habrá traído alguno de comer? Jesús les dijo, mi comida es que se haga la voluntad del que me envió y que se cumpla su obra.» Contraste muy de notar se nos ofrece en estas palabras de Cristo y de sus Apóstoles. Estos ofrecían y rogaban a su Maestro que tomase la comida del cuerpo. Jesús les hablaba de un manjar que ellos no conocían. Ellos trataban de averiguar qué manjar sería y quién se lo habría proporcionado; pensando tal vez que aquella mujer con quien hablaba cuando ellos llegaron, le habría proporcionado algún socorro; aunque sí se admiraron de ver a Jesús hablar con la Samaritana; más les sorprendiera que de ella hubiera recibido algún obsequio. Pero Jesús no hablaba de comida material. El Maestro divino se refería a la satisfacción y hartura que El sentía haciendo la voluntad de su Eterno Padre y procurando que se cumpliera la obra que El le había encargado. Los discípulos no entendían esta satisfacción y mucho menos podían comprender que tal manjar sustentara. Tiempo vendría en que aquellos ignorantes y rudos discípulos, aprendieran a sustentarse y fortalecerse en el cumplimiento de la voluntad divina; pero entonces no lo entendían esto, mucho menos lo podían saborear y regalarse en ello. Llegaría la hora en que tendrían por gran ganancia perderlo todo por Cristo y por harta gloria ser despreciados por causa de su Maestro, y pro motivo de alegría dar la vida por el nombre bendito de

Jesús; pero entonces sólo sabían pensar al modo de los mundanos; y, aunque sabían que era causa de Dios la que habían de defender y propagar con Cristo, esto no obstante, anteponían de algún modo el propio cuidado, utilidad y gloria al cuidado utilidad y gloria de la causa de Dios. Pluguiera al Señor que no hubiera en nuestros días tantos discípulos de esta clase. Cierto es que con menos, con muchos menos, con muy pocos que hallaran su más exquisito manjar en que fuera hecha la voluntad de Dios y realizada su obra, estuviera más vigilada, aprovechada y honrada la causa de Dios que a tanta costa nos enseñó Cristo a conservar y propagar por todo el mundo; pues El fué el primero en sufrir los rigores de la pobreza y del trabajo y las privaciones que imponen los consejos evangélicos; y no hubo desprecios, afrentas ni tormentos que tuviera por mucho con tal de glorificar a Dios y de salvar a las almas.

Aprovechóse el Divino Apóstol de tan propicia ocasión para alentar el corazón de sus discípulos con la esperanza del pronto cumplimiento de la obra de Dios entre los hombres y con la promesa del premio que había de darles a los que trabajasen en la salvación de las almas; y por eso les dijo: «¿No decís vosotros que aun falta cuatro meses hasta la siega?» Esta frase era un adagio hebreo que denotaba que una cosa había de realizarse muy a la larga. «Pues yo os digo, añade Jesús, que alcéis los ojos y miréis los campos que están ya blancos para segarse.» No parece sino que el Divino Maestro lo que mostraba a sus discípulos era aquella gente samaritana que venía del pozo de Jacob en busca de El. Almas de corazón bien preparado para que en ellos fructificara abundantemente la semilla que aquella mujer había recibido y esparcido con tanta humildad como amor.

Después que Jesús muestra a sus discípulos la mies en sazón para la siega les dice: «El que siega recibe jornal y allega fruto para la vida eterna, para que se gocen a una el que siembra y el que siega. Porque en esto el refrán es verdadero, que uno es el que siembra y otro es el que siega. Yo os he enviado a segar lo que vosotros no labrásteis, otros lo labraron y vosotros habéis entrado en sus labores.» Con la promesa de la paga une el Apóstol Divino aquella otra hermosa doctrina tan necesaria a los que han de ejercitarse en los trabajos del apostolado tan consoladora y eficaz para no desfallecer nunca, por mucho que sea lo que se siembre, aunque nada siegue el sembrador, porque la recompensa será lo mismo para el que recoge el fruto de la conversión de las almas, que para el que echó la semilla de la palabra de Dios. Y así es que el apóstol lo que le interesa es trabajar en el campo de la Iglesia, labrando, plantando y regando, cierto siempre, de que él allegará fruto para la vida eterna, con tal que su trabajo sea hecho de modo agradable a Dios, sin que obste este premio ofrecido al apóstol el que sus trabajos no den fruto. A nosotros nos toca hacer de nuestra parte cuanto podamos para convertir al amor de Dios a todas las almas que podamos; conseguir el fin, obra es de Dios y El sabe a quien le concede el placer de recolectar las obras de virtudes de los convertidos por otros. Es verdad que muchas veces, de ordinario puede decirse, el que siembra y siega ve

el fruto y se goza en él, sobre todo a los apóstoles noveles háceles Dios esta gracia regalándolos con ella para después llevarlos a la cruz del desprecio, de los trabajos y de lo que es peor aún, de la indiferencia de los que le escuchan.

Quiso Dios dar eficacia al humilde llamamiento que la Samaritana hizo a sus convecinos y creyeron en El muchos samaritanos de aquella ciudad por la palabra de la mujer que atestiguaba diciendo: «Me ha dicho todo cuanto he hecho». Los sencillos, los que saben entender la sinceridad donde quiera que la hay y se dejan arrastrar de ella, los humildes de entendimiento y dóciles de voluntad, creyeron que el Mesías estaba ya en el mundo y que había hablado con aquella mujer. Bienaventurados ellos, porque antes de ver al Prometido tuvieron fe en El, por la predicación de la Samaritana; y habiendo creído marcharon a ver al que era el Salvador y con ellos otros samaritanos. «Y venidos a El, le rogaron que se quedase allí. En efecto, se detuvo dos días en aquella ciudad. Con lo que fueron muchos más los que creyeron en El por haber oído sus discursos. Estos son los que más dados a pensar por sí mismos no creen con tanta sencillez las afirmaciones más sinceras e ingenuas de la verdad, si antes no las comprueban por sí mismos. Estos son los que ofrecen a Dios un obsequio más racional, pero menos sencillo. De entre los que están más avezados al ejercicio del raciocinio hay algunos que tienen como cierta intuición natural para penetrar la verdad y descubrirla pronta y fácilmente, como acaeció, por ejemplo, al religioso franciscano Fray Juan Pérez de Marchena, en oyendo a Colón exponer su teoría sobre la existencia del nuevo mundo, en contra de tantos otros sabios que no hallaban razón capaz para convencerse de tal verdad. Como a este humilde franciscano acontece a las almas que a la sencillez unen la pureza, cuando se trata del conocimiento de Dios y de las cosas de la fe, como evidentemente lo han demostrado en la Iglesia de Dios San Juan Evangelista entre los apóstoles, Santo Tomás de Aquino entre los Doctores, Santa Teresa entre las vírgenes, San Alfonso Rodríguez entre los confesores, y tantos otros que sería prolijo enumerar

Pero todos los que habían creído en El, después que lo vieron y oyeron a El decían a la Samaritana: «Ya no creemos por lo que tú has dicho, pues nosotros mismos le hemos oído y hemos conocido que éste es verdaderamente el Salvador del mundo.» A los que buscan y tratan a Jesús sin ninguna clase de interés, como lo hicieron los samaritanos, que a la voz de aquella mujer convertida en apóstol, salieron de su ciudad y se fueron en busca de Jesús, y, una vez hallado, le rogaron que permaneciera con ellos, y lo sustentaron y agasajaron; a los que así lo siguen Cristo se les manifiesta tan claramente que ya no necesitan el testimonio de nadie para creer en El. La mirada de Jesús ilumina la inteligencia, sus palabras dulcísimas penetran fortaleciendo hasta lo más escondido de la voluntad que se siente movida al amor de las cosas divinas, mientras la concupiscencia siéntese como ligada en presencia del Rey de todas las virtudes y sin inclinación a cosa sensual o terrena; y regalándose el alma en sólo Cristo, con razón repite siempre las palabras

de los habitantes de Sicar a la Samaritana: «No por lo que tú nos dijiste, mas por lo que hemos visto y oído sabemos que éste es el Salvador del mundo.»

¡Plugiére a los hombres hacer cuanto pudieran de su parte para no salir nunca de este estado y cada día sentirán mejor las ilustraciones y mociones de Dios en sus almas hasta sentir las transformadas en Cristo!

Pero siendo tan humana la flaqueza y tan fácil errar el camino de la virtud y tantos los peligros para los que conocen a Cristo y quieren ir en pos de El, se impone la necesidad de los Apóstoles del Crucificado en el mundo para conservar en la fe a los hombres que tuvieron la dicha de recibir esta gracia de Dios, recordándoles siempre lo que la fe nos enseña con toda sinceridad, aunque sea con perjuicio de nuestros intereses de acá abajo, o de los intereses de otros, y hasta en perjuicio de los intereses materiales de la misma Iglesia, pues ella como madre solícita da generosa todo bien material, con tal de ganar almas para Cristo. Amén.

LA ENTRONIZACION DEL CRUCIFIJO

CRISTO Redentor: He aquí lo más sublime y grandioso en las obras de Dios *ad extra*. El fin de la Encarnación del Verbo Divino podrá ser la divinización de todo lo criado para mayor gloria extrínseca de la Beatísima Trinidad, pero en concreto manifestó el cumplimiento de este objeto en la redención del humano linaje, pudiéndose decir que Jesús Crucificado es la síntesis, el compendio, el resumen, la corona y la consumación de toda la vida del Verbo encarnado. A la Sacratísima Pasión estuvieron dirigidos y subordinados todos los hechos de Jesús, y, por consiguiente, debemos honrar al Señor en este misterio con especial preferencia y veneración, entronizando el Crucifijo en todas partes que lo permita el culto religioso.

Bastaba cualquier acto de Dios humanado, por mínimo que fuese, para redimir mil mundos, porque era de valor infinito; sin embargo, fué tan generoso que se ofreció para derramar toda su preciosa sangre, a fin de que con ella nos redimiese en toda la plenitud y nos abriese las puertas del cielo. Es la Pasión de Jesús la causa eficiente de todas las gracias y el objeto principal de todas las profecías y de la predicción evangélica. Se confirma esta verdad con las palabras del Apóstol San Pablo, quien escribiendo a los de Corinto, les decía: (I. cap. II, 2) «Y yo, hermanos, cuando vine a vosotros, no vine con sublimidad de palabra, ni de sabiduría, a anunciaros el testimonio de Cristo. Porque yo no he creído saber algo, entre vosotros, sino a *Jesucristo*, y este *Crucificado*. Y en el capítulo anterior, versículo 23, les manifestaba el objeto de su predicación; *Nosotros predicamos a*

Cristo Crucificado, por más que esto sea un escándalo para los judíos, que esperaban a un Mesías lleno de gloria y magnificencia terrena, y no un Cristo que muriese en la Cruz; y por más también que a los gentiles les pareciese una locura o estulticia, una fábula, que un Dios muriese en un Calvario para salvar a todos los hombres. Muchas otras bellezas tenía Jesús, para que con la predicación de ellas, sin hablar de la Pasión y muerte de un Dios, de una cosa tan dura y fuerte, como hoy lo dirían muchos, atrajese a las almas al cristianismo; pero a pesar de un ambiente contrario a la Crucifixión del Señor, no quiere comenzar su predicación más que por la Cruz, por Cristo Crucificado, porque de Él recibe eficacia la palabra divina. Y a fin de que comprendamos que en la Cruz se encierran todas las glorias y grandezas de los hombres, exclamó el Doctor de las gentes: *«Mihi autem absit gloriari nisi in curce Domini nostri Jesu Christi, no permita Dios que yo me glorie, sino con la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo; por el cual el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo.»* (Gal. cap. VI, 14).

Los Santos Padres y los varones espirituales daban preferencia a la Pasión de Jesús sobre las otras devociones. San Francisco de Asís decía: «Aunque viviese hasta el fin del mundo, no haría más que pensar y llorar en la dolorosa al par que amorosa Pasión del Señor». La Iglesia da preferencia al Crucifijo en el altar y en todas las bendiciones y actos religiosos. Por consiguiente, el Crucifijo debe ocupar un lugar preferente en la liturgia y en el culto divino. No hablamos de la Eucaristía, que es también la misma Pasión o continuación del sacrificio de la Cruz; pero, después de este misterio de Cristo viviente entre nosotros, debemos entronizar en nuestros corazones, en nuestros salones, aposentos, casas y en todas partes el Crucifijo. Bueno es que se entronicen Jesús y María en otros mil misterios; todo es poco para el Verbo encarnado y su Santísima Madre; pero no invertamos el orden, no demos más importancia a lo secundario que a lo primario. In *cruce salus*, demos preferencia a la Cruz, a Jesús crucificado, a lo más fundamental, a lo real, antes que a las cosas accidentales y simbólicas y no muy asequibles en toda su plenitud a la mayoría de la gente. No, no posterguemos el Crucifijo a ninguna otra devoción, a ninguna otra imagen o emblema, porque él es el compendio de todas nuestras grandezas.

Este siglo XX está consagrado a *Cristo Redentor*. Queremos, pues, que el signo de nuestra redención descuelle sobre todo en todas partes; y para esto pedimos con toda nuestra alma, vida y corazón, la *Entronización del Crucifijo*, porque estamos convencidos de que, si Jesús Crucificado no reina con preferencia en nuestras almas, en nuestras iglesias y en nuestras casas, desaparecerá la noción del sacrificio, de la abnegación y del sufrimiento de la faz de la tierra, que necesariamente lleva consigo la vida humana, y no será posible la paz en ella.

Horror al Crucifijo

El demonio huye de la Cruz, y este maldito virus va cundiendo en la moderna sociedad. Fuera de Cristo Crucificado *non est in alio*

aliquo salus, no hay salvación. Con toda verdad podemos aplicar a las almas que huyen de Jesús, aquellas palabras del real profeta: *Qui elongant se a te, peribunt*, los que se alejan de ti, perecerán. Debemos, pues, llevar las almas a Jesús. Cuanto más imiten a él, serán más perfectas. Y lo más grandioso de Jesús es el Calvario, su sacratísima Pasión y muerte, y en esto debemos unirnos con preferencia con él, volando siempre a la Cruz.

Sin embargo, se ven cristianos que nada quieren con Cristo Redentor. Se contentan con un sentimentalismo acomodaticio y muelle, con un amor bonito y naturalista, y huyen de los ayunos, de la abnegación, de la penitencia y de los preceptos de Dios y de la Iglesia. Hemos visto almas de algún viso social, y que pasan por piadosas; pero que, al moverlas a la meditación de Cristo Crucificado, nos decían con la mayor frescura: *Que horror*. Y ¿qué se puede esperar de una piedad y de una sociedad formada con tan poco amor y con horror al Crucifijo? Nada de particular tiene que se quiera compaginar el teatro y el espectáculo profano con el Calvario y que quieran unir el vicio con la virtud y las pasiones desordenadas con el Evangelio.

En su corazón tienen entronizado el mundo con todas sus exigencias, pompas y vanidades, y por esto, junto a la imagen bonita de la Purísima y del Corazón de Jesús, se ven con frecuencia en sus casas y salones retratos de personajes no católicos, sátiros grotescos, ninfas con las desnudeces apenas tolerables en un museo arqueológico, y en fin allí se ve de todo lo profano; pero en ninguna parte aparece Jesús Crucificado chorreando sangre por nuestro amor. Meditar en la Pasión de Jesús, recorrer el *Via Crucis*; ni pensarlo. Tal vez, por no renegar de Cristo Crucificado, tendrán algún Crucifijo; pero ha de ser pequeño, microscópico, casi invisible, y lo más diminuto que se pueda para que no asuste.

Los retablos de los altares principales y mayores se coronaban antes con una imagen grandiosa de Jesús Crucificado, y hoy va desapareciendo hasta esta santa práctica, porque el Crucifijo se opone a la estética, al gusto moderno, que es cuanto se puede decir. De este modo refinado se blasfema de la Cruz y este ejemplo va cundiendo por muchas partes, porque va entrando la moda de arrinconar los Santocristos.

Pero, gracias a Dios, no faltan ni faltarán almas grandes y amantes de la Cruz, que trabajarán por desagraviar a Jesús del Calvario de las modas, ignorancias y desprecios de muchas almas, proclamando con entusiasmo Rey a Cristo Redentor y *entronizando al Crucifijo*.

No hay tres Cristos

Para disimular mejor su poco fondo en la religión; su indiferentismo o piedad acomodaticia, ha inventado la gente moderna tres Cristos. El uno el del Calvario, que es el verdadero; pero de quien huye. El segundo Cristo es el del Sagrario, pero sin Cruz, porque algunas almas quieren esconderse en las dulzuras del tabernáculo huyendo del Calvario. Quieren un Cristo cómodo y sin redención. El tercer Cristo es el Sagrado Corazón de Jesús. Ya les parece demasiado el Calvario y el Sagrario, y se quieren esconder en los cariños acomodaticios de un falso Corazón de Jesús, sin dolores y angustias

de la Pasión, contentándose con algún primer viernes o con alguna otra ceremonia bonita, superficial y de moda.

¡Infelices! Se quieren engañar a sí mismos. No hay ni puede haber más que un Cristo. Por ventura *¿divisus est Christus?* ¿se ha dividido Cristo para que lo falsifiquéis a vuestro gusto? Cristo ha de reinar en toda su plenitud, con su Cruz, Sagrario y sacratísimo Corazón, y ha de reinar *regnavit a ligno*, tal como estuvo en el Calvario, tal como ha reinado, reina y reinará en los verdaderos cristianos. No, no ha de reinar un Cristo sin Cruz, sin Calvario, sin los dolores y agonías de la Pasión, sin pobreza, sin humildad y sin la muerte por nuestra salvación. Este es el único y verdadero Cristo. Fuera de él no hay salvación; por consiguiente no hay, no puede haber tres Cristos.

El Cristo del Sagrario no se puede separar del Calvario, porque la Eucaristía es, *memoria Pasionis ejus*, el memorial de su santísima Pasión, continuación de la Crucifixión de Jesús, el mismo Redentor ofreciéndose en la Misa del Calvario por nosotros. Por esto los que aman mucho al Calvario, aman también con entusiasmo al Sagrario, la comunión cotidiada y frecuente y estarían siempre junto al Divino Prisionero del Tabernáculo, porque allí consideran a Jesús clavado en la Cruz. Unen íntimamente el Calvario y el Sagrario, sin esperar el amor del sacrificio, sin reducir la comunión frecuente a cierto sentimentalismo puramente dulce y cariñoso, a cierta rutina compaginable con las diversiones de teatros y salones y a cierta vida disipada y amante de lecturas y relaciones peligrosas.

No debe ser el tercer Cristo el Sagrado Corazón de Jesús, porque nunca ha estado separado del Calvario y del Sagrario. En él está encerrado simbólicamente todo el amor de Dios a las criaturas y es el horno de la caridad. Y este amor de Dios, donde echó el resto de sus finezas, es en la redención del mundo, en su sacratísima Pasión.

Si separamos el Corazón de Jesús del Getsemaní, del Calvario y de la continuación de su Pasión, de la Eucaristía, nos quedamos con un amor casi naturalista y profano. Por esto el Seráfico Doctor San Buenaventura nos presenta el Corazón de Jesús con la corona de espinas, con la Cruz y traspasado con la lanza y los clavos. A Santa Margarita María se le apareció el Sagrado Corazón con la Cruz, rodeado de espinas y angustiado por los pecados e ingratitudes de los hombres; y le dió el llagado San Francisco de Asís por *guía y protector*, porque era de los santos más amantes del Corazón paciente de Jesús. El Corazón pasionista, este debe ser el culto del Sagrado Corazón, y en esta forma le adoramos todos los buenos cristianos.

Por consiguiente, no hay tres Cristos. El Cristo del Calvario es el mismo que el del Sagrario y el del Corazón amantísimo de Jesús. Entronicemos, pues, el *Crucifijo*, y en él tendremos la representación real y verdadera de la humanidad y divinidad del Verbo que se hizo carne por nuestro amor y murió en la Cruz. No estamos contra ninguna otra entronización, las aprobamos todas; pero también deseamos que sin figuras y simbolismos, se ponga a la vista de todo el mundo Cristo Redentor, clavado en la Cruz. Y por esto pedimos, con todas veras la *Entronización del Crucifijo*.

Fr. Andrés de Ocerín Jáuregui O. F. M.



Sección Canónica

LOS PÁRROCOS EN LA LEGISLACIÓN CANÓNICA VIGENTE.

XXI

El Ministerio de los enfermos

Canon 468 del Código de Derecho Canónico

§ 1. *Sedula cura et effusa caritate debet parochus aegrotos in sua parocia, maxime vero morti próximos, adjuvare. eos sollicite Sacramentis reficiendo corumque animas Deo commendando.*

§ 2. *Parocho aliive sacerdoti qui infirmis assistat, facultas est eis concedendi benedictionem apostolicam cum indulgentia plenaria in articulo mortis, secundum formam a probatis liturgicis libris traditam, quam benedictionem impertiri ne omittat.*

I.º Consideraciones preliminares

Hermosa y cristiana obra de misericordia debe ser el llevar el dulce bálsamo del consuelo a los enfermos, cuando el divino Salvador prometió el galardón de la vida eterna a los que con este fin los visitan, recibiendo como hecho así mismo cuanto con ellos se hiziere: «*Infirmus fui et visitasti me*» (Mat. 25.)

Obligatoria, además de hermosa y cristiana, debe ser esta práctica, cuando el divino Maestro conminó a los que la descuidan y la omiten con la pena gravísima del fuego eterno «*Ite maledicti...*»

Y si este anatema y aquella recompensa se refieren a cualquier género de personas sin distinción, con cuanto mayor motivo habrán de referirse al Cura de almas, constituido por Dios en depositario e instrumento de los consuelos inefables y de las esperanzas inmarcesibles que sólo la Religión de Cristo posee y el hombre necesita en tan críticos momentos.

No es extraño, que sobre el ministerio de los enfermos hayan recaído los bellos y a la vez más graves calificativos con que se honra el cargo parroquial. (Sal Terræ, Tomo V. pág. 437.)

Dulce, dulcísimo ministerio se le ha llamado, apesar de su apariencia triste, porque mirado tras el prisma de la fe es un manantial suavísimo de consolaciones para el enfermo, a quien se le pone en derecha camino del cielo; y

para el sacerdote, que atesora valiosos méritos con los actos de celo caritativo que ejercita, y, sobre todo, con los amigos que habiendo volado de sus manos al cielo, desde allá arriba tanto le han de ayudar a salvarse.

Caritativo; porque ofrece la ocasión de practicar con los pobres las obras de misericordia corporal, procurando el remedio de tantas aflicciones y miserias, como acompañan de ordinario a la enfermedad en los hogares menesterosos, y a ejercer con los pobres y con los risos, la mejor caridad, como es la que tiende a asegurar al alma su eterna salvación: "*effusa caritate*" con caridad sin tasa dice el canon.

Difícil; porque siempre está en relación natural el mérito de las cosas y su consecución, siendo muy razonable que lo que mucho vale, mucho cueste. La práctica de esta función sacerdotal es en ocasiones muy espinosa, exige una discreción y celo nada comunes, y supone una preparación, una prudencia y una virtud exquisitas. «*Sedula cura*,» con diligente cuidado, recomienda al eanon que se cumpla.

Importante; porque se trata del momento supremo, decisivo en que un alma puede salvarse o condenarse para siempre, y de la ocasión de difundir entre los parientes y amigos del enfermo verdades e ideas, consejos y juicios de suma trascendencia para el bien espiritual de todos. «*Parochus in primis meminisse debet non postremas esse muneris sui partes, aegrotantium curam habere*,» dice el Ritual Romano.

Por último, ministerio *obligatorio* es éste para el Párroco y encargado de la cura de almas, del que no se pueden excusar en manera alguna. «Si la cura de almas, dice Muñiz, (Derecho Parroquial) no aprovecha en el último trance, de nada ha aprovechado en el resto de la vida.» El descuido de otra obligación sacerdotal puede no ser irremediable, pero el de ésta suele serlo y para siempre. Por esto el Código emplea la palabra *debet*, para intimar al Párroco una obligación y muy grande, que es en él personal, debiendo cumplirla, añade el Ritual Romano, cuando esté legítimamente impedido, por otros sacerdotes si los tiene en su parroquia, o al menos, por seglares piadosos y caritativos. Según antigua declaración de la S. C. del Concilio (10 de Dic. 1576) y otras posteriores, estaba permitido a los párrocos valerse de los coadjutores para la administración de Sacramentos; nuestro vigente Código consigna, entre los deberes de los coadjutores, suplir al párroco y ayudarle en todos los ministerios, excepto en la Misa pro populo (Can. 476. § 6.)

2.º De qué enfermos se trata

Al determinar el sujeto de quien ha de ejercerse este importantísimo deber parroquial, parece que no debiera ofrecerse dificultad alguna; y así es en verdad en lo que hace a la parte que pudiéramos llamar jurisdiccional. El Código está bastante explícito, al decir que son todos los enfermos que se hallan dentro del territorio de la parroquia: «*aegrotos in sua parocia*,» sean o no feligreses de ella, siempre que por el derecho o por el Prelado no estén sujetos a otra jurisdicción y encomendados a la misma, como, por ejemplo, algunos del Seminario, religiosos, castrenses, etc... De suerte que aún los peregrinos y vagos, están puestos por la Iglesia, en caso de enfermedad, bajo la solicitud y celo del párroco del lugar donde se encuentren, lo mismo que si fueran feligreses suyos.

No está el Código menos expresivo en lo que toca al sujeto, considerado patológicamente, o sea mirado como tal enfermo; pero como en esto la incuria de los hombres y la malicia del demonio haya inducido interpretaciones y prácticas erróneas en perjuicio de la eficacia santa de este ministerio, se hace preciso examinar un poco a fondo las fuentes legislativas y el espíritu que las informa, en beneficio del supremo interés de la salvación de las almas.

Incurriría en un lamentable error el Cura de almas que creyera que la obligación de visitar a los enfermos de su parroquia y ayudarles con los médicos espirituales, no empezaba hasta que se encuentren moribundos, *morti proximos*, graves, o, por lo menos, hasta que el médico ordene la recepción de Sacramentos. Nada más ajeno a la mente de la Iglesia que esta concepción de la palabra *enfermo*; ya el mismo Canon distingue entre enfermos, *simpliciter*, y enfermos *morti proximos*, extendiendo a ambos la solicitud pastoral del Cura; y más aún los concreta el Ritual Romano en el cap. IV de *Visitatione et Cura infirmorum*... «En cuanto sepa el Párroco, que algunos de los fieles encomendados a su cuidado están enfermo, no espere a que le llamen, sino que él de suyo vaya a visitarle y no una vez sino muchas, cuanto sea conveniente, y exhorte a sus parroquianos a que le avisen cuando alguno caiga enfermo, *sobre todo* si la enfermedad fuera grave.» De aquí aparece que el Párroco ha de visitar a los enfermos, aun sin estar graves, y para éstos precisamente tiene la liturgia devotas oraciones y bendiciones rituales. Y se comprende perfectamente; porque de otra manera la visita del Cura se tomará siempre como precursora inevitable de la muerte y sería mirada con prevención y con horror, como desgraciadamente lo es, efecto de las prácticas equivocadas que han establecido el poco celo de no pocos párrocos y la poca fe de muchas gentes. Además, esto es contrario a la vida de compenetración y al ambiente de familia que debe reinar entre el Cura y sus feligreses, y hace, por último, muy difícil la acción de este hermoso y consolador ministerio, teniendo el Párroco que empezar a abrirse camino en circunstancias difícilísimas, y de muy dudosa eficacia, por el estado del enfermo, y cuando ya verdaderamente todos los caminos están cerrados.

3.º Oficios del Párroco para con los Enfermos

De las consideraciones que acabamos de hacer se deduce, que han de ser varios y distintos los oficios del Párroco con los enfermos, por ser también muy variadas y múltiples las circunstancias y condiciones en que puede hallarse. El canon presente los reduce a tres: Administración de Sacramentos, recomendación de alma y bendición apostólica con indulgencia plenaria. Explanaremos brevemente cada uno de ellos.

A.) Administración de Sacramentos

El primer fin que se ha de proponer todo Párroco que visita a un enfermo, es su reconciliación con Dios. Ahí debe encauzar todos sus planes y diligencias, pudiendo cantar victoria si lo logra, y cuanto antes, mejor. Después si fuere preciso, vendrán los demás Sacramentos gradualmente y por su orden,

A) *La confesión.* El n.º 8 del Capítulo citado del Ritual recomienda al Párroco procure con prudencia que el enfermo se confiese pronto, y si quiere, de toda su vida; y esto, aunque no esté grave ni amenace peligro de muerte. En favor de esta práctica, está el estado del enfermo que le permitirá hacer mejor su confesión; la tranquilidad y alegría de conciencia, que siendo fruto de este Sacramento ha de influir quizá hasta en la mejoría; por último que no habiendo de seguirse el Viático, mientras dure semejante estado, sino a lo sumo la Comunión, se logrará mejor persuadir al enfermo que se confiese. Cuando no se intenta, o no se consiga este propósito, declarada la gravedad, y mucho más inminente la muerte, es preciso poner en juego todos los medios posibles para que el enfermo no se muera sin recibir este Sacramento.

B) *La Comunión.* Obtenida la Confesión del enfermo, ya es más fácil inducirlo a recibir la Sagrada Comunión, y lo ha de procurar el Párroco según lo aconseja el Ritual Romano; lo cual es muy hacedero tratándose de enfermos piadosos y aun de otros con ocasión de alguna fiesta, bendición, norma, indulgencia etc... Desde luego que respecto del enfermo estamos aún en terreno de consejo, porque no lo suponemos todavía grave, pero la comunión en este estado, le será muy conveniente para su bien espiritual, e irá preparando suavemente el camino para la recepción del Viático, cuando llegue el momento oportuno.

Respecto de la Comunión de enfermos, es útil recordar al Párroco el privilegio ya concedido por Pío X, y confirmado por el Código en su Can. 858 § 2 en estos términos: «Los enfermos que llevan ya un mes de cama (y según declaración auténtica, aunque se levanten algunas horas al día) sin esperanza cierta de convalecer pronto, pueden comulgar una o dos veces en semana con consejo del Confesor, aunque hayan tomado antes alguna medicina o alimento a modo de bebida.»

C) *El Viático.* Cuando se declara la gravedad del enfermo, ya le obliga *sub gravi* el precepto divino eclesiástico de la Comunión por Viático. No obstante, distinguen los autores, entre la gravedad que induce probable peligro de muerte, siendo también probable, y aun más, la mejoría, y la gravedad en que la probabilidad de mejoría es nula o muy tenue. En el primer caso es lícito recibir el Viático aunque no obligatorio; en el segundo, ya se puede y se debe recibir, y por tanto administrar. Dejará de ser ciertamente obligatorio, si hubiere comulgado en aquella semana, pero se le deberá aconsejar que lo reciba, aún en este caso.

Si el estado de peligro de muerte se prolongare, podrá y aun conviene administrar muchas veces en distintos días el Santo Viático, contando siempre con el prudente consejo del Confesor (Canon 864). En el canon siguiente recomienda el Código que no se difiera a los enfermos su recepción, y exhorta a los Curas de almas que vigilen porque los enfermos lo reciban en pleno uso de su razón.

D) *La Extremaunción.* No es *per se gravis*, como en el Viático, y obligación de recibir este Sacramento, sino *per accidens*, como enseñan los moralistas; más no por eso ha de ser menor la diligencia del Párroco en que la reciban sus enfermos. El Código (canon 944) le recomienda que lo administre en pleno uso de razón, y aunque puede administrarse en acto distinto del Viático, sin embargo en muchos lugares se administra a continuación de él, y es costumbre muy laudable, por las muchas ventajas que lleva consigo, como es notorio.

No dejaremos de recordar aquí, la doctrina de la muerte real y aparente en relación con los últimos Sacramentos. Siendo muy probable que al expirar una persona, todavía hay en ella su periodo de vida latente, de media hora, poco más o menos, si la enfermedad fué larga, y de dos o mas horas si se trata de accidente repentino, es *lícito*, y aún se *debe probabilius*, absolver y administrarse la Extremaunción *sub conditione*. Doctrina de capitalísima importancia que deben los párrocos divulgar entre los fieles, para que en estos casos los llamen a prestar estos auxilios de los que pueda depender la salvación de muchas almas.

B.) Recomendación del alma

Otro de los medios con que el Párroco debe ayudar a los enfermos, según el canon que venimos exponiendo, es la recomendación del alma. Recibidos los Santos Sacramentos, el enfermo debe ser objeto de una especialísima caridad y celo de su cura. Dice el Ritual que el Párroco, agravándose más la enfermedad, ha de visitar con mayor frecuencia al enfermo *«et ad salutem diligenter juvare non desinet»*..., y cuando es inminente la muerte, *statim commendationis animæ officium præstabit*. A ser posible en este acto debe usar el Sacerdote sobrepelliz y estola morada, rociar al enfermo y el aposento con agua bendita, como dispone el Ritual y ajustarse a las rúbricas e instrucciones que da para el caso, algunas de las cuales son de precepto. Según allí se indica, las oraciones. «Proficisere etc... deben recitarse, cuando el enfermo está en la agonía, quedando a la discreción y caridad del Cura, cuando ésta se prolonga mucho ir mezclando el rezo de otras oraciones que conviene reciten los presentes y sugerir al enfermo jaculatorias y afectos oportunos. En una advertencia coinciden todos los autores de Teología Pastoral, y es en recomendar al Párroco, que en momentos tan solemnes y peligrosos para el enfermo no lo abandone, sino que persevere a su lado hasta haber introducido en la vida eterna salva y perdonada aquella alma que Dios puso bajo su cuidado.

C) Bendición Apostólica in artículo mortis

En tercer lugar, prescribe nuestro canon que se dé a los enfermos la bendición apostólica con indulgencia plenaria. Este auxilio tan valioso lo tiene reservado nuestra madre la Iglesia para el artículo de la muerte; a saber, cuando ésta ya es inminente y parece inevitable; y aunque el canon lo mencione después de la recomendación del alma, no implica el que no pueda aplicarse antes; al contrario convendrá si es posible explicar al enfermo esta gracia preciosísima y exhortarlo a disponerse bien para recibirla, lo cual exige momentos de lucidez en el paciente, (Véanse los autores de liturgia). Entre nosotros se acostumbra en la mayoría de los casos darla después de la Extremaunción en el mismo acto del Viático, y como supone estado de gracia, generalmente se ha de dar después de recibidos los Sacramentos. Item a los privados de sentidos y aparentemente muertos como se dijo de la Extremaunción.

La fórmula que se usa es la mandada por el Sumo Pontífice Benedicto

XIV. en la Const. *Pia Mater*, y se encuentra en los libros litúrgicos.

Esta facultad era antes obtenida por los Obispos, los que la d legaban en los sacerdotes de sus diócesis; el nuevo Código la ha concedido a los Párrocos y a todo sacerdote que p este asistencia a los enfermos.

Juan de Dios Ponce

Canónigo Lectoral

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

SE HA SERVIDO LA

Teología Mariana

de D. Francisco Salvador a los Sres. siguientes:

Dos tomos a don V. B., Badajoz.—Id. id. a don J. G., Palma de Mallorca.—Nueve id. a H. G. del A., Madrid.—Tres id. a don J. B., Almería.—Dos id. a L. H., Madrid.—Id. id. a E. V., Granada.—Un id. a don J. R., Albacete.—Id. id. a don M. R. P., Burgos.—Tres id. a don S. I., Sevilla.—Id. id. a don C. G. R., Cáceres.—Id. id. a don S. C., Teruel.—Seis id. a don L. S., Barcelona.—Doce id. a don G. M., Madrid.—Tres id. a don M. del R., Valladolid.—Siete id. a don L. de M. D., Vitoria.—Tres id. a don P. R., Teruel.—Un tomo a don R. A. J., Benazal.—Id. id. a don J. B., Tarragona.—Id. id. a don J. D. L., Las Palmas.—Id. id. a don L. G. R., Salamanca.—Id. id. a don M. I. M., Lugo.—Id. id. a don A. C. M., Badajoz.—Id. id. a don A. A., Navarra.—Id. id. a don M. G., Burgos.—Id. id. a don M. R., Lugo.—Id. id. a don A. R., Huesca.—Id. id. a don F. M., Huesca.—Id. id. a don J. V., Albacete.—Id. id. a don J. B., Barcelona.—Id. id. a don J. S. A., Cádiz.—Id. id. a Fr. M. de S. M., Barcelona.—Id. id. a don A. B. D., Santiago.—Id. id. a don P. R., Santander.—Id. id. a don P. A., Barcelona.—Id. id. a don F. G. T., Salamanca.—Un tomo a don E. L., Cáceres.—Id. id. a don P. B. R., Orense.—Id. id. a don G. M. A., Pontevedra.—Id. id. a don M. S. V., Canarias.—Id. id. a don C. G. G., Salamanca.—Id. id. a don A. M., Zaragoza.—Id. id. a don F. H. B., Madrid.—Id. id. a don F. L., Toledo.—Id. id. a don A. L., Guipúzcoa.—Id. id. a don J. P. C., Tenerife.—Id. id. a don D. A., Guipúzcoa.—Id. id. a don J. F. M., Lérida.—Id. id. a don A. O. J., Vizcaya.—Id. id. a don M. R., Baleares.—Id. id. a don F. D., Segovia.—Id. id. a don J. B. G., Castellón.—Id. id. a don M. C. C., Toledo.—Id. id. a don J. M. F., Oviedo.—Id. id. a don J. B., Castellón.—Id. id. a don F. G., Sevilla.—Id. id. a don M. A. A., Sevilla.—Id. id. a don J. M. F., Murcia.—Id. id. a don M. de S. M., Navarra.

Se ha servido el CUESTIONARIO TEOLOGICO de don Francisco Salvador
a los señores siguientes:

Un tomo a don F. G., Palma de Mallorca.—Seis id. a don R. A. J., Alicante.—Id. id. a don F. B., Salamanca.—Id. id. a don E. V. R., Granada.—Id. id. a don V. B., Badajoz.—Id. id. a don L. T. Z., Lérida.—Id. id. a don C. R. G., Cáceres.



ESPAÑA Y MARRUECOS



LA acción guerrera de España en el Rif va haciéndose pesada, costosísima y sus resultados pacificadores no responden al derroche de sacrificios que está costando.

Son los rifeños indómitos, luchan en condiciones ventajosas y ante la táctica que emplean contra el enemigo se estrella toda previsión militar. Un pequeño grupo de rifeños hace frente a columnas de ejércitos bien disciplinados. El excesivo número de las fuerzas que luchan contra ellos y los medios de combates tan desproporcionados de los que ellos emplean determinan victorias, que son duros castigos para los indígenas. Pero pronto se sobreponen y recobran fuerzas y siguen luchando con el mismo entusiasmo fanático que antes. Y si aparecen sometidos es a la pura fuerza, la cual es imposible sostener a cada instante, y manteniendo siempre en su corazón odios contra España.

Así es que nos parece acertadísima la cesación de la fuerza en Marruecos y la pronta implantación del Protectorado español en el territorio del Rif que nos ha sido confiado.

Pero, el protectorado es a base de civilizar a los rifeños y se inspira en que es un baldón para Europa entera que en sus puertas, que en sus colimites más inmediatos exista la barbarie como existe en el Rif.

Mas hoy ¡se entiende de tan diversas maneras de civilización!

Hay quienes creen que civilizar es abrir fuentes de riqueza y ponen todo su empeño en que la agricultura adquiera mucho incremento en estas tierras vírgenes; en que la minería se desenvuelva del modo que pide la abundancia del riquísimo hierro que aquí se da casi a la superficie de la tierra; en que se fomenten las industrias, se abran plazas comerciales, se construyan ferrocarriles y se hagan buenos puertos que permitan todo el tráfico con que sueñan estos civilizadores del Rif.

A nosotros todo esto nos parece bien; son ideales que no pueden menos de merecer la aprobación entusiasta de todos, porque hacer rica una región que hoy es miserable y llevar los grandes negocios donde sólo se comercia con el chumbo, huesos y pieles de carnero, es un propósito nobilísimo que engen-

drará bienestar para muchos y dará ocasión al desenvolvimiento progresivo de esta parte de Marruecos, que si es antipática para España por los sacrificios y por la sangre que le cuesta, tiene para el espíritu cristiano atractivos especiales.

Pero esto con que llenan muchos todas sus aspiraciones de civilización en el Rif, a nosotros nos parece bastante poco, porque así solamente se atiende a un aspecto de la cuestión, importantísimo, pero insuficiente para en ello sólo hacer consistir la civilización de un pueblo.

Más importante es, a todas luces, la formación del alma, la educación del espíritu, la infiltración de costumbres nobles, dignas de corazones de sentimientos elevados. Pero para esto se hace bastante poco, como poquísimamente se ha hecho hasta ahora para el fomento de la riqueza material. A nadie sorprenderá, por lo tanto, que encontrando los rifeños poca diferencia entre las condiciones en que vivían antes y las que ahora se les ofrece, las cuales, por añadidura, van salpicadas de alguno que otro escandaloso mal ejemplo, prefieren lo conocido, lo de ellos, su manera de ser y el modo de su vida, y desprecian el bien que España puede proporcionarles, porque no lo entreven, continuando sus odios africanos para los cristianos, y en especial para los españoles.

Es de suponer que España se dé cuenta de cual debe ser su actuación en Marruecos y que de manera paralela procure el desenvolvimiento de la riqueza y la formación del espíritu a la española, pues no tendría explicación que España se sacrifique, que traiga a Marruecos sus energías y que haya regado con su sangre todo este territorio y que, al menos, las generaciones futuras, los pueblos que vayan naciendo no se formen a su imagen y semejanza, máxime cuando España no sabe colonizar sino comunicando toda su alma, dando todo lo que la caracteriza, mereciendo por ello que las naciones que ha formado la llamen con toda razón madre.

Los millones presupuestados para obras públicas en la Zona de la influencia de España en el Rif; la decisión de implantar pronto el régimen del protectorado civil; los privilegios de enseñanza que se han concedido al Instituto de Melilla, son indicios de que España se da cuenta de lo que debe hacer en Marruecos y de cual debe ser su acción civilizadora.

Sin embargo, no creemos ponernos fuera de tono, advirtiendo que pocos, muy pocos prohombres políticos abrazan en conjunto y de un modo integral los medios y procedimientos que deban emplearse para civilizar el Rif, porque tienen de la civilización un falso concepto, llegando hasta hacer caso omiso del elemento esencialmente civilizador, o a no darle la importancia debida, o a pensar que ese importantísimo elemento no es conveniente traerlo al Rif, sin darse cuenta que la Historia de España tiene bien demostrado que nuestra Patria no sabe civilizar sin él o permitiendo que se emplee otro elemento parecido que lo substituya.

Pocos, muy pocos se han declarado por la civilización cristiana del Rif; muchos, casi todos los liberales, para quienes todas las religiones son buenas, llegan hasta proclamar sistemáticamente que España debe respetar el mahometismo y no soslayar siquiera la cuestión religiosa. Para éstos la civilización se reduce a sacar el mayor partido posible de las fuentes naturales de riqueza, de la industria y del comercio, aunque el alma mora continúe siendo la misma que hasta ahora. Esto equivale a no reconocer que la civilización la debe el mundo entero al cristianismo y a suponer que puede darse compenetración de

espíritu entre pueblos de religiones diametralmente opuestas. Esto es la profesión del principio de que en la vida pública, en las relaciones sociales, en el régimen político no debe tenerse en cuenta la religión.

Tememos que esta sea la máxima que predomine en la implantación del protectorado español en Marruecos, es decir, que los esfuerzos oficiales de España se reduzcan al fomento de la riqueza material, y que toda la cultura que se dé a los rifeños no pase de ponerlos en condiciones para que por sí mismos continúen la transformación de su territorio para que produzca el máximo que pueda producir. Y lo tememos, porque hay muchos políticos que sueñan con esta clase de protectorado, sin advertir que la mancomunidad puramente en los intereses no es fuerte lazo de unión y que en la mayoría de los casos desune tanto como la discusión sobre lo mío y lo tuyo.

Pero, aun suponiendo que fuese factible la convivencia de españoles y rifeños a base del fomento de la riqueza ¿podrían darse verdaderas relaciones sociales y el debido entrelace de familias de un pueblo con otro, profesando religiones tan opuestas que inspiran costumbres completamente contrarias? ¿Cómo conviviría la mujer musulmana y la cristiana, teniendo ésta un concepto tan elevado de su dignidad y de su papel importantísimo en la familia y en la sociedad, y aquella estando tan rebajada que casi no tiene conciencia de su personalidad, cifrando su mayor honor en llegar a ser la favorita del harén? ¿Podría haber compenetración de ideales y de sentimientos entre los fieles de dos religiones, de las cuales una espiritualiza tanto como la otra fomenta la sensualidad?

Entre almas que no sean parecidas difícilmente cabe una verdadera inteligencia y nada engendra semejanza de espíritu como el credo y la práctica de la religión católica.

Así, pues, creemos que el protectorado que prescindiera de la cuestión religiosa en Marruecos podrá ser un protectorado al estilo inglés; pero no un protectorado verdaderamente civilizador, como el que debe implantar España en el Rif hasta acabar con las costumbres tan salvajes como fanáticas que forman su medio ambiente moral.

Y como tememos, repetimos, que nuestros gobiernos piensen en todos los medios de instrucción y de cultura, menos en el religioso, que es el más importante y necesario de todos, porque la cultura sin la verdadera religión no moraliza, hacemos un llamamiento a los católicos para que por amor a la religión, a la patria y a las almas cooperen generosamente a la pronta realización de fundaciones de centros de enseñanza en los cuales los niños indígenas reciban cultura y educación a la verdadera española. En proyecto están fundaciones de este género inspiradas en el más generoso amor a las almas ¿Prevalecerán? ¿Se darán cuenta, no los gobiernos que miran con despreocupación estos medios eficacísimos para que todo el espíritu español se infiltre en Marruecos, sino los católicos de que esta es obra eminentemente patriótica y de celo religioso?

A los sacerdotes y párrocos nos dirigimos principalmente, porque nadie como ellos puede percibirse de la importancia de tales proyectos para la civilización integral del Rif, y porque, apesar de los escasísimos recursos con que cuentan, nadie siente como ellos el vivísimo deseo de imponerse algún sacrificio por la españolización de Marruecos y por la conversión al catolicismo de almas rifeñas.

Una cruzada de oraciones, de propagandistas por España, de pequeñísi-

mos donativos y de abnegados corazones que se entregaran por completo a esta obra daría los resultados excelentes de civilización cristiana en la Zona encomendada a los españoles, que nos exige el testamento de nuestros mejores reyes, la compasión que inspira el estado de feroz salvajismo que predomina en el Rif y las relaciones civiles que España ha de mantener en estas regiones en virtud de sus compromisos internacionales.

Como no somos ajenos a esta obra, sino que por ella sentimos gran amor, veríamos con toda complacencia que los que se sientan contagiados de nuestros mismos deseos, que los que piensen hacer algo en favor de ella, y creemos que serán muchos, no tengan reparo en pedirnos las explicaciones que crean convenientes, dirigiéndose directamente a nosotros o a la Secretaría de Cámara y Gobierno del Obispado de Málaga.

No olvidemos que la civilización cristiana de Marruecos es la obra providencial de España, y que el amor patriótico y el de Cristo nos impele a ella.

Francisco Salvador

IMPORTANTE

Muy pronto será editado el tomo I de pláticas doctrinales para el catecismo de adultos, por D. Francisco Salvador. Este primer tomo contendrá la explicación del Credo. Su precio cinco pesetas.

Está a la venta la «Teología Mariana» de D. Francisco Salvador Ramón. Consta esta importante obra de tres tomos, siendo el valor de la misma quince pesetas, más los gastos de correo y certificado.



Sermón La resurrección de Lázaro

A LOS SACERDOTES ESCLAVOS DE MARÍA DEDICA ESTA SERIE DE SERMONES
UN CANÓNIGO ACCITANO

Sed eamus ad eum.

Pero vamos a El. (San Juan 11, 15.)

QUÉ página de los Evangelios no será digna de admiración? Destellos de la infinita sabiduría, cada palabra evangélica es un tesoro intelectual y moral, una fuente de las más cristalinas aguas que salta hasta la vida eterna, un cúmulo de enseñanzas y un luciente despertar de una alborada rebosante de célicas promesas; luz de la mente, norma de la voluntad, éxtasis sublime del sentimiento; abismo de humildad y cúspide del amor; acicate y freno de la paz de las pasiones sensibles y cielo en el que se recrea como en su propio ambiente el humano espíritu. Todas las enseñanzas de Cristo, todos sus hechos son admirables; pero no todos impresionan del mismo modo al corazón humano; hay algunos que alcanzan verdadera universalidad en el conocimiento, porque de tal modo hieren el afecto, que difícilmente se olvidan una vez escuchado. De esta gratisima condición es el evangelio que hame tocado en suerte y que a la letra dice así:

«Y habia un enfermo llamado Lázaro de Bethania, aldea de María, y Martha su hermana...(Léase el Evangelio)

Ahora bien, mis amados hermanos, obra tan admirable y por tales manifiestos fines realizada por Cristo, habia de ser trascendental en todos sentidos; nosotros para no divagar por las casi infinitas regiones de los aspectos, bajo los cuales podemos estudiar este hecho «lo hemos de considerar como un simbolo en el cual aparece en acción la Iglesia toda católica, ejerciendo de salvadora perfecta de la sociedad, por corrompida que ésta se halle.»

Deme el Señor la gracia de concretar con la claridad y sencillez evangélica, que el caso requiere, tan sublime asunto para que sea provechoso a

vuestras almas el recuerdo de este evangelio. Para mejor conseguir esta gracia, pidámosla, por intercesión de nuestra Reina y Señora a quien saludaremos con el arcángel.

AVE MARÍA

Thema ut supra.

La desolación de Marta y de María acrecentábase por instantes, y con muy sobrados motivos. Lázaro había enfermado; sus hermanas enviaron a Jesús un mensaje anunciándole, que el amigo de él estaba enfermo; el Maestro le había contestado «que la tal dolencia no era mortal, sino que estaba ordenada para gloria de Dios, con la mira de que el Hijo de Dios fuera glorificado,» y esto no obstante Lázaro había muerto, y ya estaba sepultado varios días, y Jesús no daba trazas de llegar a prestar algún consuelo a las atribuladas hermanas.

De la respuesta de Cristo a Marta y María era testigo el mensajero enviado.

«Infirmos haec non est ad mortem». ¿Habiase equivocado el Maestro? ¿Pudo decir palabras tan graves Jesucristo para luego olvidarse de ellas? ¿Es, acaso, que Jesús no amaba ya a sus enamorados de Betania, que tantas pruebas de amor habianle dado? He aquí lo que más atormentaba el corazón de las santas hermanas. ¿Habria huido Jesús del castillo de Betania como huia a la sazón de Jerusalén, en donde habian querido darle muerte a pedradas? ¿Serian ellas las culpables de que Cristo no hubiera venido a sanar a Lázaro?

Marta y María lloraban la muerte de su hermano, que ya juzgaban irremediable; pero Jesús ni había olvidado sus palabras ni desistido de su propósito. El, entre tanto, conoedor del miedo que dominaba al corazón de los apóstoles, cuando ya habian pasado dos días de recibido el recado de la enfermedad de Lázaro, dijo a los discípulos: «Vamos otra vez a Judea». Mas aquellos dijéronle: «Maestro, hace poco que los judios querian apedrearte, y ¿quieres volver allá otra vez?».—El Divino maestro les respondió asegurándoles que por El nada temiesen; pues son tantas las veleidades de los hombres que, en un día sólo, aman y aborrecen la misma cosa, y que El no había de caer en manos de sus enemigos mientras no llegase el día decretado por Dios para que pasase de este mundo al Padre, y porque sus pasos habian de ser tan luminosos y tan a la luz del día que no había por qué temer tropiezo alguno, pues el que anda de noche es el que tropieza, porque no tiene luz. Asi dispuestos los corazones de los apóstoles, les empieza a insinuar para qué va a Jerusalén con estas palabras: «Nuestro amigo Lázaro duerme, más yo voy a despertarle del sueño». Los discípulos impulsados por el miedo que los dominaba, tratan todavía de convencer a Cristo de que no vaya a Betania y por eso con breves palabras aducen grave razón diciendo: «Señor, si duerme sanará». Pero de nada valia esta razón, porque el mismo evangelio añade: «Mas Jesús había hablado del sueño de la muerte, y ellos hablaban del sueño natural». Y, porque así era, para que los discípulos se persudiesen de la voluntad irrevocable que Cristo tenía de ir a resucitar a Lázaro: «Les dijo claramente: Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haberme hallado allí, a fin de que creáis.

Pero vamos a él.» Me regocijo por vosotros de la muerte del amigo, de la honda pena de sus hermanas y de las amorosas violencias que he tenido que hacer a mi corazón para no sanarlo desde que supe que estaba enfermo, pues todo ello está ordenado principalmente a que en vosotros se afirmara la fe que tan combatida ha de ser en vuestros corazones. «Entonces Tomás, por otro nombre Didimo, dijo a los discípulos: «Vamos también nosotros y muramos con El.»

Decididos ya los apóstoles a seguir a Jesús, «Este llegó al castillo y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba sepultado.» Y porque Betania distaba de Jerusalén muy poco, hácenos saber este Evangelio «que habiendo ido muchos de los judíos a consolar a Marta y a María de la muerte de su hermano,» con lo que nos da por presentadas todas las personas que han de tomar parte o ser meros testigos de la asombrosa resurrección de Lázaro.

Y he aquí puesta en escena, en este asombroso hecho, a la Iglesia Católica toda en la persona de su divino Fundador, el Hijo de Dios vivo, Jesucristo, el cual acompañado de los doce apóstoles, fundamento de la Iglesia, son como atraídos por los ruegos de Marta y de María Magdalena que personifican a la oración y a la acción, que constituyen como el espíritu vivificante de la santidad y a las cuales acompañan así mismo variedad de personas, parte manifiestamente exterior de la Iglesia, o sea el cuerpo de ella, todos conmovidos y más o menos profundamente impresionados por la muerte de Lázaro, figura perfectísima del hombre apartado de Dios y muerto por el pecado.

Así como todo lo que hay en el mundo de corrupción y de miseria está expresado admirablemente por el Evangelio de las tres concupiscencias de la carne, de los ojos y de la soberbia de la vida; así también todo lo que hay en la Iglesia verdadera de Cristo está comprendido en las tres especies de vidas que en ella practican los individuos que las componen, la vida activa, la contemplativa y la mixta. Y así como aquellas concupiscencias traen toda corrupción al mundo, así estas vidas traen toda la purificación de que el mundo es capaz. Y así como aquellas no causan todos sus degeneradores efectos, estas no producen sus vivificadores influjos hasta que no viven las sociedades el espíritu que anima las tales vidas, de las cuales la vida activa es la más fecunda y laboriosa y está representada en el Antiguo Testamento por Lia, fea y laganosa, pero fecunda, y, en el Nuevo, por Marta, la hermana de María y de Lázaro, que mereció oír de labios del Maestro, en términos de advertencia cariñosa, esta corrección: «Marta, Marta, solicitas, et turbaris erga pluriama»: cuando así se mostraba ésta al quejarse de su hermana que no le ayudaba en los quehaceres propios de la casa con huéspedes a quienes había que alimentar, aunque éstos fueran el mismo Cristo y los apóstoles. La vida contemplativa es más hermosa y reposada, está representada entre los patriarcas por la hermosa Raquel, hermana de Lia, pero infecunda al parecer, y entre los cristianos por María, hermana de Marta; de ella dijo el Salvador que había elegido la mejor parte; lo que bien claro da a entender que la vida contemplativa es más perfecta que la activa. La tercera vida de las almas, en el seno de la Iglesia católica, es la mixta, la más feliz y la más robusta, de la que fué modelo divino el Salvador del mundo y en lo humano los Apóstoles y sus sucesores.

Esto es sencillamente prenotado, volvamos al momento en que, según dijimos con el Evangelista. «Llegó Jesús, y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba sepultado.» Pero el Divino Pastor no llegó sólo. El afrontando los peligros de muerte a que ya había estado expuesto, enseñó a sus discípulos a socorrer a la sociedad, cuando así convenia a la gloria de Dios y al bien de las almas, aun a trueque de perder la vida: «El buen Pastor da la vida por sus ovejas;» había enseñado Cristo, y ahora lo empezaba a poner por obra. Y, aunque imperfectos y medrosos, todos los apóstoles llegan también con Cristo y todos vienen dispuestos a morir con El, según han manifestado por boca de Tomás. Lázaro había muerto para que Dios y su Hijo fueran glorificados y Jesús había declarado que se alegraba por el bien de sus apóstoles; luego con todos los caracteres de la divina prudencia, el Divino Maestro enseñaba a sus discípulos a despreciar en este caso la propia vida. Cristo rodeado de sus apóstoles en un espléndido grupo de brillante luz que aparecerá en este cuadro de la resurrección de Lázaro; de este grupo ha de brotar la lumbre de la sabiduría, la magestad del poder y la dulzura del consuelo, mostrándose los apóstoles, y el orden de los Obispos sus sucesores, consumidores y perfeccionadores de toda vida.

En frente de este grupo, y antes que nadie se interponga, hace surgir en nuestras mentes el Evangelista, con divino impulso, la figura de Lázaro, sepultado hacía ya cuatro días. En la región de la muerte está Lázaro, entre tinieblas y sombras. Ausente Cristo, enfermó y murió y vino a dar a la lobretez del sepulcro, como nos sucede a todos. Cuando Nuestro Señor se ausenta de nosotros, escondiendo su rostro, y cesando de hacernos los favores del espíritu que suele, brotan las pasiones y tentaciones, y las enfermedades de tibieza y flaqueza espirituales, las cuales alguna vez suelen parar en muerte de culpa; «y tal muerte que nos hace ver, con toda claridad, como es nuestra alma» una sentina de pecados y nuestro cuerpo un saco de podre; «Y así, mis amados hermanos, venimos a encontrarnos frente a frente de Cristo, al mundo muerto y sepultado y nadando en su propia corrupción: y vemos luchando al mundo sobrenatural y al hombre de la naturaleza; al santo y al pecador; a la pureza inmaculada y libre y al vicio manchado y ligado por sus propias concupiscencias.

¿Habrá modo de relacionar estos antitéticos términos? He aquí que el Evangelista sigue diciendo: «Marta luego que oyó que Jesús venía, le salió a recibir, y María se quedó en casa.» Es la vida activa puesta en acción lo que representa Marta. Ella es la que empieza por el odio y castigo del pecado, encaminados a la propia enmienda; ella sabe de los trabajos que impone el ejercicio de las virtudes; ella se afana por la conversión y buena dirección de los prójimos, doctrinándolos, aconsejándolos para que prudentemente obren en sus vidas y negocios; ella se ejercita en todas las obras de misericordia espirituales y corporales, la administración de los sacramentos, y hasta ella es concedora de las artes manuales, bellas o mecánicas que practica, no por causa de lucro, más impulsado por fraterna caridad. Esta clase de almas son las que atormentadas con la presencia y trato de las miserias del pecado, acuden presurosas a pedir a Dios el socorro que los pecadores han menester: Más imperfecta la vida activa por si sólo se produce no pocas veces tan desacertadamente como Marta, aunque siempre llena de buena voluntad para buscar el bien ajeno y de docilidad para con Dios, acaba por conseguir cuanto se propone; y así Marta movida de cierta

queja y osadía, que no debe confundirse con las quejas de puro amor y con la oración de atrevimiento, dijo al Señor: «Si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano.» Te avisé cuando mi hermano enfermó y no viniste a sanarlo, este es el espíritu que inspira las palabras de Marta, es una queja con tono de reproche; pero sabiendo ella que Jesús debía estarla obligada, porque ella lo había obsequiado, para obligarlo a que le devuelva favor por favor añade: «Bien que estoy persuadida que ahora mismo te concedera Dios cualquiera cosa que le pidieras.» Faltas del verdadero conocimiento de Cristo están estas palabras, y por esta razón al responderle Jesús: «Tu hermano resucitará,» añade Marta palabras que a la falta de la anterior, agregan la carencia de esperanza, no dando a la promesa de Jesús el carácter de actualidad con que El las pronuncia, y así replica: «Bien sé que resucitará en la resurrección universal, que será en el último día.» Jesús que amaba a Marta y quería hacerla digna de recibir el favor que estaba dispuesto a hacerla, corrige e ilustra la falta de fe de Marta diciéndole: «Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en mí, aunque hubiere muerto vivirá y todo aquel que vive y cree en mí no morirá para siempre. ¿Crees en esto?» y es de admirar la docilidad y sencillez de la vida activa, representada en Marta, para contestar a Cristo: «Oh, Señor, si que lo creo y que tú eres el Cristo el Hijo de Dios vivo que has venido a este mundo.» Y en sintiendo Marta en su alma la vida de la viva fe que la animaba; esto es, en colocándose en lo más perfecto de la vida activa, dicho esto; como sigue escribiendo el Evangelista, «fuese y llamó secretamente a María, su hermana, diciéndole: «Esta aquí, el Maestro te llama.» Y es de notar que no expresa el Evangelista las palabras de Cristo llamando a María, con lo que se denota que la vida activa en cuanto de veras se une a Cristo es inseparable de la vida contemplativa, pues esta vida es el premio prometido a los que se ejercitan santamente en la vida activa.

Desde este momento, mis amados hermanos, cada paso que adelantamos en nuestro Evangelio nos ofrece una perspectiva más admirable y singular. Apenas ha oído María Magdalena de labios de Marta, su hermana, que el Maestro ha llegado y que la espera, cuando todo lo deja, a todos abandona e impulsada por la irresistible fuerza de atracción que ejerce sobre su alma la proximidad del Maestro se levanta veloz, «surgit cito» llega hasta El, «venit ad eum,» y en viéndolo cae de hinojos a sus plantas, con la humilde reverencia de la fe que así obrando confiesa que María ve en el Maestro al Hijo de Dios vivo, y animadas sus palabras por esa vivísima fe dice a Jesús las mismas palabras que Marta «Domine si fuisses hic, non esset mortuus frater meus.» Pero ¡ah!, mis amados hermanos, ponderemos, cuanto nos lo permita el tiempo, las circunstancias y las palabras idénticas y admiremos los resultados tan distintos. En las cercanías del castillo había Jesús recibido a Marta, en el mismo lugar recibe a María. Advierte así Jesús tácitamente que están acompañadas las dos hermanas de los enemigos de El; da a entender también que no llega al castillo, como otras veces en calidad de huésped, no es ahora el agasajado, más que hombre es ahora el dueño de la vida y de la muerte, es Dios, que si misericordiosamente se acerca a nosotros para favorecernos, quiere, no obstante, que nosotros vayamos a pedirle las gracias que El desea darnos, moviéndose a favorecernos, de vía ordinaria, según es la mayor o menor perfección con que nosotros ponemos la causa segunda para conseguir lo que pedimos, que es

la oración misma; siendo tan notable la diferencia que imprime el espíritu interior del que ora, que en este caso salta a la vista; pues, pidiendo Marta y Maria con las mismas palabras, la primera sólo alcanza de Jesús instrucciones y estímulos para avivar en ella la fe, mientras que la segunda conmueve el corazón de Cristo y lo determina a resucitar a su hermano, después de haber derramado lágrimas de sus divinos ojos, marchando, como llevado de la mano de la Magdalena, que se dispone a mostrarle el sepulcro de Lázaro diciendo: «Veni et vide.» La humilde Maria, la fidelísima Maria, la despreciadora del propio honor y de las murmuraciones de los hombres para mostrarse devota a los pies de Cristo; la ardentísimamente enamorada del Hijo divino de la Madre Inmaculada; la que olvidada de todo otro humano cuidado sentada a los pies de Jesús escuchaba avara las enseñanzas de El, sin otro deseo que reposar amante en el Corazón divino; la hermosa Raquel del Nuevo Testamento, que habiendo escogido la mejor parte no apartaba ni un sólo momento su corazón de donde estaba su tesoro; la vida contemplativa, en una palabra, que, no mirando más que al cielo, hiere al Divino Corazón con sus miradas y «lo hace estremecer y lo conturba en sí mismo» y lo aprisiona con sus afectos y él se deja arrastrar por el verdadero amor, estimulando a Maria para que lo lleve al lugar en donde ha sido sepultado Lázaro, y, en llegando, como un vencido, llora delante del sepulcro, haciendo exclamar a los circunstantes: «He aquí como lo amaba,» mientras como supremo dominador de la vida y de la muerte, se dispone a resucitar a Lázaro para consolar a la Magdalena.

He llegado al punto más interesante del evangelio que nos ocupa. En derredor del sepulcro de Lázaro hállase en admirable grupo de majestad, de sabiduría y de poder el divino Taumaturgo rodeado de sus discípulos que lo contemplaban asombrados: «sed vado uta somno excitem eum,» les había dicho el Maestro; de otra parte Maria, extática en un paroxismo de amor inefable, fija su corazón más que sus ojos, en su Cristo, mientras siente en su alma enamorada los maravillosos efectos de aquellas divinas palabras que se realizan en aquel sublime instante: «Delectare in Domino et dabit tibi petitiones tuas.» Marta inseparable de Maria y no obstante solícitamente cuidadosa de todo cuanto la rodea y sirviendo de marco a figuras tan principales la muchedumbre de los judíos, de los cuales unos se conmovían con Cristo y otros que, según la usanza de los hombres vanos, queriendo ajustar el modo de obrar de Dios a los mezquinos juicios de ellos, murmuraban diciendo: «¿No pudo acaso el que devolvió la vista al ciego de nacimiento hacer que éste no muriera?»

Mas he aquí al divino Maestro que, ante la consideración de la gloria divina pisoteada por el impenitente pecador y menospreciada por los mundanos, siéntese de nuevo vehementemente impulsado a manifestar a la humanidad toda los esplendores de infinito poder y acercándose al sepulcro, que estaba formado por una zanja cavada en la tierra recubierta de muros de cal y canto y tapada con una gran losa, mandó que levantaran la piedra que servía de cubierta al sepulcro, y entonces Marta, más atenta a lo humano que a lo divino, más confiada en las fuerzas de la naturaleza que en las sobrenaturales, más como quien habla con hombre que como quien habla con Dios, al decir de los Santos Padres y expositores, exclama abatida y desesperanzada: «Señor, ya hiede, ¿y cómo no? si hace ya cuatro días que murió». Al oír estas palabras que, si eran imperfectas en los labios de

Marta, eran, sin duda, un poderoso estímulo para avivar el interés de los indios allí presentes, el Maestro, para más fijar la atención de todos en lo que El sólo sabe y en lo que El sólo puede, con marcado tono de reprehensión replica á Marta: «No te he dicho que si creyeres, verás la gloria de Dios?».

Una vez quitada la losa, el divino protagonista de este sublime hecho reconcentra en El mismo las miradas de todos, cuando alzando sus ojos a lo alto, dijo: «Padre, gracias te doy porque me has oído. Yo bien sabía que siempre me oyes; más por el pueblo que está al rededor lo dije: para que crean que Tú me has enviado». Y así manifestado delante de todos los concurrentes que era el Hijo de Dios, el enviado del Padre, el Mesías prometido, prosigue, para demostrar que en efecto lo es, mandando con la imperiosa voz del que manda seguro de ser obedecido, que Lázaro salga del sepulcro: «Voce magna clamavi: Lazare veni foras.» ¡Oh momento de expectación sublime! La podre ¿se convertirá de nuevo en órganos? ¿Quedarán burlados los gusanos al sentir trocadas las partículas corrompidas de la muerte en gérmenes de vida? ¿Los músculos impotentes volverán a ser poderosas palancas de movimiento? El corazón helado por el intenso frío de la muerte ¿sentirá, por ventura, el tibio hálito de la corporea vida y el fuego intenso del amor que lo arrancó de entre las garas de la parca impia? ¿Brillarán sus ojos con las lumbres de la inteligencia? ¿Circundará su cuerpo todo la majestad propia del hombre rey de la creación y dueño de un alma inteligente y libre? El Evangelista nos da la respuesta más cumplida y consoladora: «Y en el mismo punto salió el que había estado muerto, atados los pies y las manos con vendas y cubierto el rostro con un sudario.» Aquí se vió un doble milagro, enseña el P. Scio, porque no solamente resucitó Lázaro a la voz del Autor de la naturaleza, sino que atado como estaba salió del sepulcro. Ni corrupción ni ataduras de ningún género impiden al Hombre Dios la realización de su soberana voluntad. En El y por El fueron hechas todas las cosas ¿cual de ellas resistirá la palabra del que llama a las cosas que son como las que no existen; a las que yacen en los ignotos abismos de la muerte, como a las que gozan los encantos de la vida? El trueca la muerte en movimiento, El hace fecunda la nada.

Empero, mis amados hermanos, el que todo lo sujeta al imperio de su palabra, ha querido valerse en todo de causas segundas que le ayuden en la continuación y perfeccionamiento armónico del universo, y por este motivo ha escogido de entre los hombres un pequeño número para que le ayuden en la salvación de las almas y a éstos, que estaban allí con El, según sabemos, les manda que desaten las vendas y quiten el sudario a Lázaro y lo dejen caminar, como en efecto lo hicieron.

¿Quién desesperará de ser salvo viendo a Lázaro resucitado? ¿Quién que haga oración pensará que no es escuchado al contemplar a Marta y a María tan colmadamente satisfechas en su deseo? ¿Quién se atreverá a juzgar el cómo y el cuando debe Dios hacer las obras de su gloria? ¿Quién, en fin, podrá poner en duda que el mismo que saca a Lázaro de la corrupción de la muerte es el que salva a las sociedades sumidas localmente en las ruinas engendradas por sus propias miserias? Que no falte quien ore siquiera sean estas almas dos mujercillas enamoradas de Cristo y afligidas por los males de la sociedad prevaricadora; que no falten los apóstoles escogidos del Señor, dispuestos a cumplir la voluntad de Jesús, y como Este, ganosos de dar la vida con El por salvar almas y las

absortas muchedumbres contemplarán una y mil veces a Cristo ejercitando su divino poder de librar de la podredumbre a los pecadores y admirarán a los apóstoles trabajando con todo esmero y cuidado para que las almas no vuelvan a la corrupción; y con esto doy por terminado el humilde trabajo en que me propuse manifestar a vuestra superior inteligencia, con la sencilla exposición de este hermoso evangelio, «que la Iglesia Católica es la perfecta salvadora de la sociedad por corrompida que ésta se halle,» y, por lo tanto, la que a todos nos dará la vida eterna. Amén.

ESPAÑA Y MARRUECOS

Siendo tan críticos los momentos actuales para fijar las orientaciones de España en el protectorado que ha de ejercer en el Rif, y estando interesados grandemente en este asunto el honor nacional, el bien de la Patria y la civilización cristiana, rogamos a nuestros lectores supliquen al Señor que ilumine a nuestros gobernantes para que, olvidándose de todo sectarismo, y haciendo honor a los modos que España ha templado siempre en la civilización de los pueblos, no miren con desdén lo referente a la educación y cultura católica en Marruecos, y a que es el único modo de garantizar que con el tiempo palpite en el Rif nuestra alma nacional.



IMPORTANTE

Con mucho gusto accede esta Administración a dar facilidades para el pago de las obras que se venden en la misma. Al hacer el pedido indíquese las condiciones en que desean hacer el pago y tengan la seguridad de que serán aceptadas, siempre que los peticionarios sean sacerdotes.



Sección de Teología Moral

PARTE PRIMERA

CUESTIÓN CUARTA

IMPEDIMENTOS DEL ACTO HUMANO

(Continuación)

1.º LOS HÁBITOS.—Como los hábitos pueden llegar hasta formar en nosotros una como segunda naturaleza con sus inclinaciones a determinados actos, influyendo, por lo tanto, en el libre impulso de la voluntad para poner o dejar de poner una acción, suelen los teólogos tratar de los hábitos inmediatamente después de la concupiscencia y pasiones, y así lo haremos también nosotros.

Antes de proseguir en esta materia conviene advertir que tratando nosotros de los hábitos en cuanto éstos pueden ser impedimento del acto humano, esto es, en cuanto pueden tener en sus efectos semejanza con la concupiscencia, no es posible que nos refiramos a los hábitos buenos, los cuales como virtudes que son, no pueden ser obstáculo para ejercitarnos meritoriamente en acciones dignas del hombre. Las virtudes tienen por objeto actos racionales, y éstos no pueden ser informados por la concupiscencia ni por otros elementos parecidos a ella, en los cuales se note el espíritu y los resabios de la misma, aparte de que los hábitos virtuosos no atenúan ni quitan la libertad en caso alguno, sino que siempre la intensifican, a diferencia de los malos hábitos que en ocasiones pueden quitar lo libre de los actos realizados por el hombre.

De todo esto se deduce que cuando tratamos de los hábitos como impedimento de los actos humanos, nos referimos a los hábitos malos y viciosos, pues de estos solamente puede decirse de alguna manera lo que dijimos en la Cuestión anterior acerca de la concupiscencia consiguiente.

El hábito así considerado se define: «Firma ad peccandum dispositio et facilitas ex iteratis actibus comparata:» una firme disposición y facilidad para pecar adquirida por la repetición de actos. Advierten los expositores del Angélico que, cuando los actos son intensos, uno sólo puede engendrar hábito en la voluntad, como un sólo acto

puede producir hábito intelectual, pues un sólo acto intenso equivale a muchos. Así que nos agrada la definición de hábito en general que trae Torres Laguna: «Firma ad agendum dispositio causata plerumque, ex iteratis actibus:» una firme disposición para obrar adquirida por regla general mediante la repetición de actos. Aunque la definición de hábito que más nos agrada es la que trae Ulrrauburu, la cual coincide con la que da Santo Tomás: «Qualitas permanens ac de se stabilis, potentiam juvans facilitatem præ endo ad certas ac determinadas operationum species:» una cualidad permanente y de sí estable que da facilidad a la potencia para cierta y determinada especie de operaciones.

2.º COROLARIO I.—Luego el hábito supone la aptitud de la potencia, a la cual modifica dándole facilidad y prontitud para el acto y sin cuya aptitud los hábitos no tienen explicación posible. Por esto se dice que los hábitos están en las potencias *inchoative*. Esta doctrina la expone admirablemente el Angélico. (1-2; quæst. 51: art. 1)

3.º COROLARIO II.—La aptitud de la voluntad para ser modificada por hábitos nace, en primer lugar, de su natural indeterminación, pues las potencias determinadas *ad unum* no necesitan de los hábitos para obrar siempre con prontitud y facilidad y del mismo modo, como observamos en los actos de los animales.

4.º COROLARIO III.—Si la actitud de la voluntad y su indeterminación fuera solamente *ad plura diversa sed non contraria*, no podría ser sujeto sino de hábitos buenos. Pero como su indeterminación es *ad plura eaque contraria*, puede adquirir, y de hecho adquiere, hábitos malos que la inclinan al vicio, máxime padeciendo la concupiscencia y siendo combatida por las pasiones.

5.º COROLARIO IV.—Como los hábitos pueden ser más o menos intensos en proporción al arraigo de los mismos, así ejercen más o menos influencia en las determinaciones de la voluntad, pues en la opinión más seguida los hábitos concurren con la potencia de una manera física, no sólo para producir el acto más fácil y prontamente, si que también para la producción de la substancia del acto.

6.º DIVISIÓN DE LOS HABITOS.—Prescindiendo de otras muchas divisiones que se hacen de los hábitos y que a nosotros no nos interesan ahora, como la de hábito bueno, infuso, etc., pues, ahora solamente tratamos de los malos hábitos, los cuales no pueden ser infusos, a no ser que supongamos como posible que Dios como causa particular pueda ser causa de un mal hábito, nos reducimos a la división de hábito en voluntario e involuntario. Es voluntario cuando se produce con advertencia, o, por lo menos, no se pone empeño alguno en estirparlo después de advertir que se empieza a adquirir el mal hábito. Se considera como involuntario cuando se trabaja para extinguirlo, aunque haya sido producido advertidamente.

7.º PRINCIPIOS PARA RESOLVER LA IMPUTABILIDAD DE LOS ACTOS REALIZADOS BAJO LA INFLUENCIA DE LOS HABITOS MALOS.—La doctrina sobre esta materia la reduce Torres Laguna del modo siguiente: Si el hábito en nada disminuye la atención de la mente, aumenta el voluntario, pues la acción se realiza con mayor prontitud y facilidad. Si precede a la deliberada actuación de la voluntad, disminuye o quita el voluntario

en cuanto disminuye o quita la advertencia. Sin embargo, los actos que se ponen en virtud de un hábito voluntario, son, por lo menos, voluntarios *ut in causa*. pues el que quiere la causa quiere el efecto. Las blasfemias, v. gr., habituales, son pecado. Si el hábito se retracta seriamente, los actos que se pongan luego por hábito son involuntarios *directe et in causa*. Si Ticio, blasfemó empedernido, hace una confesión sincera y dolorosa y mas tarde por el hábito dice alguna blasfemia, *præter intentionem*, no comete pecado alguno.

Esta es la doctrina que defiende todos los moralistas, aunque empleen palabras manifestadoras, a primera vista, de un criterio más riguroso. Véase como Escavini propone esta materia.

«*Quod de concupiscentia consequenti dictum est, id ex Suarez valet etiam de habitu, seu consuetudine prava, quæ est quædam peccandi facilitas iteratis actibus libere comparata. Quare qui pravo habitu peccat quoadmodum non fuerit sufficienter retractatus debita diligentia adhibita, periculosius et gravius peccat: periculosius, quia inveteratum malum difficilius depellitur; hinc illud nihil consuetudine majus; gravius, quia maxime voluntarii censentur motus concupiscentiæ qui ex pravo habitu procedunt. Ideo si peccator interrogetur, tenetur habitus circumstantiam in confessione aperire; damuata siquidem est propositio illa: Non tenemur confessario interroganti fateri peccati alicujus consuetudinem. Si quis tamen habitus suos pravos emendare studeat, non ideo censetur gravius peccare si ex infirmitate in eadem peccata relabatur; quidquid enim erat culpæ in contractis habitibus jam pœnitentia delevit. Cum eo itaque eodem modo agendum, ac cum illo qui non ex habitu sed ex infirmitate peccat, et tantum ejus actio erit prava, quantum hic et nunc est libera.*

Discant juvenes libidines suas coercere; experientia enim constat, eas in teneris annis non ægre refrænari. Qui vero liberius eis indulgent, graves sibi impornunt catenas, quas postea difficile solvent. Siquidem, ut ait Augustinus, dum consuetudini non resistitur fit necessitas; seu consuetudo quodammodo vertitur in naturam, quin desinat esse peccatum. Neque quis impossibilitatem adstruat; pravis enim inclinationibus ac passionibus non obstantibus, quilibet se sentit suorum actuum dominum; ad malum enim propensio fræno rationis contineri potest; certando viriliter, consuetudo consuetudine vincitur, et gratia non deest ad illam efficaciter superandam.

Enfermedades mentales

8.º ¿CUALES SON ENFERMEDADES MENTALES?—Como no es nuestro propósito hacer un tratado o estudio especial sobre esta materia, en la que se ocupan los filósofos modernos, los tratadistas de Ascética y los que tienen el empeño noble de unir el empirismo de la Psicología escolástica con los experimentos de la práctica, y como el trabajo de recopilación que nosotros podríamos hacer, nos lo da hecho Torres Laguna, nos contentamos con transcribirlo literalmente:

«Con el nombre genérico de enfermedades mentales comprendemos todas aquellas afecciones que influyen en el conocimiento o en la libertad y amenguan o quitan totalmente el voluntario, y, por lo tan-

to, la culpabilidad de las acciones. El estudio de tantas aberraciones y anomalías como se observan en ciertos individuos, es indispensable al confesor, ya para determinar la culpa, ya también para aplicar los remedios oportunos».

•Las enfermedades mentales no son propiamente del alma, pero se llaman así en cuanto de trastornos físicos o fisiológicos nacen desórdenes en las funciones cognoscitivas y afectivas.

•Las enfermedades mentales se refieren: 1.º a la sensibilidad; 2.º al entendimiento; 3.º a la voluntad. De la sensibilidad externa son: la ilusión y la alucinación; de la afectiva las anomalías de los apetitos y de los sentimientos; del entendimiento la idea o el concepto delirante, la exaltación y la depresión de la misma facultad. Van incluidas en las enfermedades del entendimiento la amnesia, la disociación o incoherencia de ideas y la amencia. De la voluntad son la hiperbulia, la abulia y el impulso insólito.

•La enajenación mental comprende dos géneros: idiotez y locura. La idiotez puede ser cretinismo, idiotez propiamente dicha e imbecilidad. El cretinismo consiste en falta muy considerable de desenvolvimiento de la sensibilidad y de los instintos, acompañada de gran atraso de desarrollo en el cuerpo. La idiotez propiamente dicha acusa también falta notable de desarrollo cerebral e intelectual. La imbecilidad consiste en una debilidad intensa de las facultades mentales, ordinariamente con marcada imperfección cefálica. La locura comprende, como especies, la demencia, manía, lipemanía o melancolía y monomanía».

•Los casos más comunes de enfermedades y que más interesan al confesor son los que se refieren a la sensibilidad afectiva; las anomalías de los apetitos y de los sentimientos son bastante frecuentes. A este grupo pertenecen el furor erótico, el fetichismo patológico, el exhibicionismo patológico, el sadismo patológico, el masoquismo patológico, el uranismo, la crotomanía patológica, la necrofilia y otras perversiones. También debe poner especial cuidado el confesor en la dirección de los neurasténicos, psicasténicos, histéricos, escrupulosos, etc.»

9.º REGLAS PARA DETERMINAR LA MORALIDAD DE LOS ACTOS REALIZADOS POR ESTOS ENFERMOS.—«Las reglas para determinar la moralidad de los actos realizados por las personas que sufren enfermedades mentales son éstas:

«Primera.—Los actos realizados en estado de verdadera lucidez por un enfermo que sufre transitoriamente accesos neuro o psicasténicos son voluntarios, morales y la responsabilidad es absoluta.»

«Segunda.—Los actos practicados ciertamente bajo la influencia o acción exclusiva de los agentes gravemente mórbidos son involuntarios y carecen de moralidad.»

«Tercera.—Los actos realizados bajo la influencia de la exaltación o depresión orgánica y psíquica, notablemente acentuadas, efecto de los repetidos accesos mórbidos, son también involuntarios y sin moralidad.»

«Cuarta.—Los actos dudosos que no puedan atribuirse en absoluto a la voluntad libre, ni tampoco a la mecánica pura del sistema

nervioso, en cada caso concreto y atendidas todas las circunstancias, se juzgarán más o menos voluntarios».

«Influyen, por último, en el voluntario la predisposición que nace del temperamento, de la herencia, etc., así como de las idiosincrasias».

«En todos estos casos lo primero que debe estudiar el confesor es la causa de las aberraciones o desarreglos y el influjo que ejercen en las facultades, para que aplique los remedios oportunos. Si la raíz del mal, como sucede de ordinario, es orgánica, se ha de recurrir al médico. Estos enfermos del cuerpo y del alma deben ser tratados con mucha indulgencia y grandísima caridad.»

10.º REGLAS PRÁCTICAS PARA CONDUCIRSE CON ESTOS ENFERMOS.— De la Teología Ascética y Mística del P. Naval tomamos lo siguiente:

«Si el espíritu fuera iluso ha de esforzarse el director en hacer entender al sujeto que le ha comprendido bien y que se toma interés por sus cosas; no lo ridiculice, pero váyale quitando ilusiones paulatinamente, después de observar el fundamento en que radican para atacar a la raíz de ellas. Podrá ser debida en parte las ilusiones a causas físicas, tales como la debilidad orgánica y la falta de sueño, y entonces hay que curar también lo físico por medio del descanso y demás prescripciones higiénicas.

«Si la enfermedad fuese verdaderamente del grupo de las nerviosas, que hoy se llaman *neurastenia* (falta de potencial nervioso) *histerismo* (exceso de energía nerviosa) *psicastenia* (perturbación nerviosa que impide al entendimiento formar convicciones y a la voluntad ejercer dominio físico) *obsesión*, *alucinación*, *impulsiones*, *abulia* o carencia de determinación en la voluntad (efectos y síntomas de la psicastenia) etc. debe acudirse a los médicos; (Véase Barbens: *El cerebro*) pero siempre hay que procurar a tales desequilibrados el aislamiento de compañeros de igual índole, el trato con personas sensatas y de ascendiente moral sobre ellos; la abstención de bebidas alcohólicas, la alimentación lacto-vegetal y tal vez con pescado, sueño regular y ejercicio corporal no violento.»

Pensamientos marianos

Cuanto más se pulsán los pueblos, más se siente la necesidad de María, porque se ve que falta en ellos el amor delicado y hermoso de que Ella es acabadísimo modelo.



Hoy más que nunca es necesario que todos los hombres reconozcan a la Madre universal que los una, porque han crecido prodigiosamente los medios de división y de antagonismos que destruyen la sociedad.

* *
*

La virtud no es agradable sin María, porque mientras los otros medios de santificación van mezclados en algo de austeridad y violencia, Ella es todo paz, dulzura y consuelo.

* *
*

El mejor medio de librarse de las acechanzas del enemigo es la devoción sincera a María, porque quiso Jesús que el infierno temiese a Ella más que a El mismo.

* *
*

La gloria de Dios está interesada en la gloria de María, y como es opinión de los teólogos que habrá tiempos de especialísima gloria de Dios, así los hombres de espíritu esperan tiempos de honra singularísima para la Sma. Virgen.

* *
*

Como nada es de mayor gloria para María que el reconocimiento de su dominio amoroso sobre todas las criaturas, el mejor modo de honrarla es declararse Ella por amor.

* *
*

Cuando la esclavitud a María sea como el medio ambiente piadoso en que vivan los pueblos, habrán llegado los tiempos profetizados de la gran gloria de nuestra Inmaculada Madre.





Plática doctrinal para el catecismo de adultos

XXII

AMADÍSIMOS hijos en Cristo. — He querido exponeros, en cuanto es posible, el concepto de Dios en sí mismo, porque conocerlo y amarlo es nuestro fin, y porque a medida que más lo conozcamos a El más fácilmente nos daremos cuenta de los orígenes de las cosas, de las trayectorias que deben seguir, y nos explicaremos de modo muy sencillo el desenvolvimiento del mundo, que el filosofismo impío envuelve en las densísimas tinieblas de lo inesplicable.

Supuesto que Dios es infinito en toda perfección, no puede dejar de ser el principio y causa de todas las cosas. Si hubiera alguna criatura cuya vida, movimiento y perfección no se la hubiera dado El, ésta no le estaría en nada sujeta, se desenvolvería por sí misma, recorrería la órbita que ella misma se trazara, todo lo cual es completamente opuesto al supremo dominio de Dios infinito, cuya naturaleza es ser todo actuación, necesitando de su influencia todas las cosas para poder empezar a existir y para conservarse en el ser, como las estrellas errantes para tener luz necesitan recibirla del sol.

De modo que Dios o no existe, y esta suposición la rechaza el sentido común y solamente la defienden aquellos a quienes interesa que no exista quien les pida cuenta de sus actos y quien les exija que arreglen su conducta, o es Creador del cielo y de la tierra, como enseña el credo de nuestra fe.

Como quizás hubiera quien relacionando la existencia del universo con Dios y convencido de que el mundo sin Dios no tiene explicación posible y que su realidad arguye necesariamente la acción divina creadora, pudiera entender que Dios viese obligado a la creación de las cosas, no está fuera de nuestro propósito advertir con el Concilio Florentino, que Dios es el criador de todo lo que existe y que cuando el quiso, es decir libre de toda necesidad, dió el ser a las criaturas tanto espirituales como materiales, movido únicamente por su bondad. No hay que buscar, dice San Agustín, la causa por la que

Dios quiso hacer el mundo, porque la voluntad divina no reconoce causa alguna que le sea superior.

Ni se diga que, siendo Dios el bien esencial e infinito, no pudo menos de sentir los deseos de la creación, porque todo bien tiende a comunicarse, y mucho más el sumo bien. Pues, aún suponiendo que este sea el sentido del trinitarismo: *todo bien es comunicativo de sí mismo*; el cual también puede interpretarse en el sentido de que el bien tiene en sí virtud suficiente de comunicabilidad porque debe ser apetecido por quien lo conozca ¿acaso Dios no se comunicó suficientemente desde la eternidad, haciendo que el Padre, el Hijo y Espíritu Santo tengan una sola e idéntica naturaleza, de la cual ninguna de las divinas personas reserva nada para sí, sino que las tres conviven en la misma, de la que participan de modo infinito y con tanta perfección que cada una de ellas, sin ser un dios distinto de las otras personas, es verdadero Dios? No hay bien alguno que haya sentido en sí tanto amor para darse por entero, como sintió Dios para darse sin reservas y por igual a las tres divinas personas. De esta comunicación infinita, inefable y amorosísima no hay más participación que se le asemeje en algo, que la que da de sí mismo a los cristianos Jesús en la Eucaristía.

No negamos que es muy difícil formarse concepto acerca de la creación, porque todo lo que se hace en el mundo supone materia de la que se hace o alguna transformación de la misma, mientras que la creación supone solamente la existencia de Dios como causa infinita eficiente que con su poder no más, y sin materia alguna de qué formar la naturaleza, da el ser a las cosas. A esta manera de dar vida a las criaturas es a la que se refiere Moisés al decir en el principio del Génesis: «*In principio creavit Deus caelum et terram. Terra autem erat inanis et vacua, et tenebrae erant super faciem abyssi, et Spiritus Dei ferebatur super aquas:*» en el principio crió Dios el cielo y la tierra, y la tierra estaba desnuda y vacía, y las tenebras estaban sobre la haz del abismo; y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas. Palabras son éstas con las que Moisés intenta presentar a Dios como señor de todas las cosas, haciendo ver contra los paganos que defendían la eternidad e independencia de la materia, que cuanto existe ha recibido de Dios no sólo la existencia, si que también la naturaleza, porque todo lo produjo de la nada. Y esta enseñanza de Moisés es repetida por el real Profeta en el Salmo 148: «*Domini est terra et plenitudo ejus orbis terrarum et universi qui habitant in eo.*» *Quia ipse dixit et facta sunt, ipse mandavit, et creata sunt:*» todo es de Dios, porque él dijo, y fueron hechas las cosas; él mandó y fueron criadas. Y no otra cosa es la que intenta expresar la Madre de los macabeos al estimular para el martirio a uno de sus hijos, diciéndole: *Peto nate, ut aspicias ad coelum et terram et ad omnia quæ in eis sunt, et intelligas, quia ex nihilo fecit illa Deus, et hominum genus:*» ruégote, hijo, que mires al cielo y a la tierra, y a todas las cosas que allí hay; y entiende que Dios de la nada las hizo a ellas y a todos los hombres.

Expléndido, como todos los suyos, es el siguiente testimonio que

tomamos de San Agustín: «Hay muchos que se empeñan en persuadir de que Dios Padre no es omnipotente, porque, aunque no se atreven a decirlo de una manera descarada, así se deduce de sus escritos, en los cuales sostienen que existe la naturaleza material, que no fué criada por Dios omnipotente, y de la cual hubo de valerse cuando fabricó el mundo; de modo que niegan a Dios la omnipotencia al negar que pudiera hacer el universo sin utilizar para fabricarlo otra naturaleza que existía de antemano, aunque El no la había hecho.

Esta manera de producir Dios las cosas es muy propia, y bien pudiéramos decir la característica de su infinito poder. Cuanto las causas son más perfectas más ponen de sí mismas en su acción y menos necesitan de materia sobre la que obrar. El hombre que, en la naturaleza visible, es el principio más vigoroso de acción, si es cierto que obra sobre la materia, la modifica y la transforma dándole con una nueva forma un nuevo ser. Y en sus concepciones, en sus ideas con muy poco que perciba del mundo exterior, con pocos elementos sensibles que conozca mediante los sentidos, forma por la deducción y el estudio nuevos pensamientos con los que solamente tienen las ideas primeras la relación que con el vuelo del águila tiene el punto desde el cual ésta empieza a remontarse. Y si el hombre es en cierto modo creador ¿habrá de negarse que Dios ha producido todas las cosas de la nada, siendo la virtud de su acción infinita y no habiendo nada que pueda resistir las determinaciones de su omnipotente voluntad?

Si no se admite la existencia del universo por la acción creadora de Dios no hay otro remedio que explicar la producción de las cosas o según los absurdos del materialismo o según los principios impíos del panteísmo, que llega a negar a Dios personalidad, admitiendo su existencia.

Pero ¿habrá quien se atreva a defender que la materia existe por la necesidad de su propia naturaleza, como Dios existe sin haberse dado el ser a sí mismo y sin haberlo recibido de nadie, sino porque su esencia reclama la existencia, viendo que la necesidad y la contingencia se excluyen mutuamente como cosas contradictorias y que la materia es esencialmente contingente como demuestra su continua sucesión? ¿Habrá quien sostenga que la materia es el principio engendradora de todas las cosas, cuando siendo indiferente de sí misma para el reposo o para el movimiento necesita una mano poderosa que la ponga en actividad? ¿Se atreverá alguien, que se aprecie de hombre cuerdo, a mantener que la materia es independiente de Dios, cuando el movimiento que se ve en ella, le sea o no esencial, supone un primer principio inmutable de quien lo reciba?

El materialismo rebaja el concepto y la realidad del universo dejándolo a merced de la evolución inconsciente de la materia, como se rebajaría el invento de la locomotora, si en esta no brillara más que la combinación ciega de algunas leyes de la mecánica

Pero, si el materialismo no explica la creación de las cosas, y mientras pretende llevar luz al origen de las cosas las envuelve en la obscuridad de lo imposible, porque imposible es que la materia, no teniendo en sí la razón de su existencia, exista desde toda la eternidad,

con actividad innata para que, desenvolviéndose, produzca el universo con la variedad tan asombrosa que admiramos en él en medio de una unidad reveladora de un gran pensamiento a cuyo alrededor gira todo, como alrededor del sol giran todos los astros de nuestro sistema planetario, menos admisible es aún el panteísmo que, formándose un concepto falsísimo de Dios y de las criaturas no admite distinción entre estas y la divinidad o porque, según sus principios, no hay más que una substancia en cuya evolución van también desenvolviéndose todas las cosas, o porque las criaturas son formadas de la misma substancia divina de la que proceden por emanación necesaria. Y principios son estos que destruyen la simplicidad de la esencia divina, su inmutabilidad, su perfección infinita, reduciéndola a la misma condición de las criaturas, las cuales, por perfectísimas que se supongan, son contingentes, variables, y más próximas a la nada que a la plenitud del ser.

Solamente el concepto de la creación de las cosas, que expone la fe y confirma la razón, deja a salvo la grandeza divina y da explicación clara, sencilla y luminosa del universo. Quienes aceptan la fe andan en el mundo sabiendo su origen, su desenvolvimiento, su fin. Los que buscan otras explicaciones que las que nos dá la doctrina católica se enredan en un laberinto de ridículas falsedades de las cuales, cuando creen haberse librado, sienten que han caído en otras mayores, y es que un error llama otro error, como generalmente un abismo conduce a otro.

Admiremos a Dios en las criaturas, cuya grandeza reflejan, y sirvámonos de ellas para conocer mejor y amar más a su Autor, que también a nosotros nos dió la vida para que, sirviéndolo, consiguiéramos la felicidad eterna, que a todos os deseo: Amén.

Un Expenitenciarío





Disertaciones sobre tesis deducidas del Maestro de las Sentencias

XIX

TESIS SEGUNDA DEDUCIDA DE LA DISTINCIÓN QUINTA

DEL LIBRO II DEL MAESTRO

(Continuación)

PARTE SEGUNDA: *Angeli meruerunt beatitudinem autem quam eam receperunt.*—Dijimos que esta segunda parte es contraria a la doctrina del Maestro, quien, como vimos, dice en el párrafo séptimo de la distinción que venimos exponiendo: «Aliis autem videtur quod beatitudinem quam receperunt in confirmatione per gratiam tunc appositam non meruerint, dicentes tunc eis fuisse collatam gratiam non ad merendum, sed ad beate vivendum, nec tunc eis datum esse bonum quo mererentur, sed quo feliciter fruerentur. Quod autem tunc in præmium acceperunt, per obsequia nobis exhibita ex Dei obedientia et reverentia mereri dicunt; et ita præmium præcessit merita; et hoc mihi magis placere fateor»

El Angélico trata esta cuestión en el mismo lugar anteriormente citado: «Vel oportet dicere quod angeli mereantur beatitudinem per ea quæ jam beati operantur in divinis ministeriis, ut alii dixerunt, quod tamen est contra rationem meriti. Nam meritum habet rationem viæ ad finem: ei autem qui jam est in termino, non convenit moveri ad terminum, et sic nullus meretur quod jam habet. Vel oportet dicere quod unus et idem actus conversionis in Deum, in quantum est ex libero arbitrio, est meritorius, et in quantum pertingit ad finem, est fruitio beata. Sed neque hoc etiam videtur esse conveniens, quia liberum arbitrium non est sufficiens causa meriti; unde actus non potest esse meritorius, secundum quod est ex libero arbitrio, nisi in quantum est gratia informatus. Non autem simul potest informari gratia imperfecta, quæ est principium merendi, et gratia perfecta, quæ est principium fruendi. Unde non videtur esse possibile quod simul fruatur, et suam fruitionem mereatur. Et ideo melius dicendum est quod gratiam habuit angelus antequam esse beatus, per quam beatitudinem meruit.»

Los discípulos de Escoto sostienen la misma doctrina Frassen

la expone del modo siguiente: «Non potest voluntas simul et semel esse in eo statu, in quo velit objectum mutabiliter et contingenter, et etiam immutabiliter et necessario; sed si angeli eodem tempore acciperent beatitudinem, quo ipsam mereantur, sequeretur eos velle idem objectum mutabiliter et mutabiliter, contingenter et necessario; ergo non possunt mereri et obtinere eodem instanti temporis beatitudinem. Major patet; duo namque actus omnino oppositi non possunt simul ab eadem facultate procedere. Probatur minor: ut quis mereatur eo debet esse in statu ut non sit ita determinatus ad actum, quin habeat libertatem non solum essentialem, sed etiam contradictionis, habendi talem actum, vel non habendi, seu debet esse indifferens ad actum eliciendum, vel non eliciendum; sed quando voluntas est in statu beatifico non habet amplius talem indifferentiam, quippe cum per visionem beatificam ita determinetur et alliciat ad amandum Deum, ut ab eo eliciendo actu non possit cessare; ergo si eodem instanti quo meretur, haberet beatitudinem, sequeretur quod simul mutabiliter et inmutabiliter, contingenter et necessario posset per actum amoris in Deum tendere; quod cum sit absurdum, etiam absurdum est, eos simul mereri beatitudinem et eam accipere.

Deinde status beatitudinis omne meritum excludit, alioquin homines de facto mereri possent in cælo, nec status viatoris ad merendum necessario desideraretur; sed consequens est contra communem theologorum sententiam, qui ad meritum volunt requiri statum viæ, non patriæ: ergo meritum nequit esse simul cum beatitudine, subindeque debet illam tempore præcedere.»

Aun suponiendo que se admita sin reservas de ninguna clase la doctrina de muchos teólogos sintetizada así: «Citra legem communem potest Deus acceptare actum beatificum, tamquam meritorium ad augmentum y gloriæ; non enim implicat contradictionem, sería preciso explicar, mediante alguna razón suficiente, esa excepción que Dios habría hecho respecto de los ángeles encuan to al modo de merecer la bienaventuranza, y no se entreve motivo alguno que explique semejante excepción, sino al contrario, puesto que, tanto debe ser más perfecto el modo de merecer cuanto más perfecto es el sujeto que merece, y el modo mejor de merecer es aquél que supone mayor libertad, porque ésta implica mayor dominio sobre los actos con que se merece.

Denique dispositio ad formam et via ad terminum debent esse prius forma et termino, quando ex ratione sua speciali quamdam habent incompatibilitatem, ratione cujus non possunt simul subsistere; sed meritum angelorum est via et dispositio ad beatitudinem, quæ cum ipsa non possunt subsistere; quia meritum angelorum supponit fidem et cognitionem, ac statum viæ: utrumque autem beatitudo excludit; ergo non possunt simul subsistere; adeoque meritum tempore beatitudinem deb et præcedere.

El mismo Frassen previene la dificultad que pudiera ponerse a la doctrina expuesta: «Angeli merentur aliquid propter obsequia hominibus impensa; sed illud meritum simul consistit cum præmio, alias illud expectarent, hæi autem expectatio eorum felicem statum super turbaret, nam ex Proverbis: *spes quæ differtur affligit animam;*

illud autem quod meretur nou potest aliud, quam beatitudo, subindeque meritum et beatitudo simul possunt subsistere, et consequenter angeli simul potuerunt mereri beatitudinem et eam possidere. Distinguit majorem sequenti modo: per illa obsequia angeli merentur beatitudinem essentialem, nego: accidentalem, concedo; quamvis autem hanc accidentalem beatitudinem prius non habuerint et illam possint appetere ac desiderare: inde tamen nulla in eis sequitur molestia, quippe cum eam omnem beatitudo essentialis excludat.»

Con esta cuestión está íntimamente relacionada aquella otra que se propone a sí mismo el Angélico al preguntarse (1.^a q. 52: art. V) *Utrum angelus statim post unum actum meriti beatitudinem habuerit*. Cuestión que resuelve así:

«Anima hominis et angelus similiter ad beatitudinem ordinantur; unde sanctis promittitur æqualitas angelorum; sed anima a corpore separata, si habeat meritum beatitudinis, statim beatitudinem consequitur, nisi aliud sit impedimentum: ergo pari ratione et angelus. Sed statim in primo actu charitatis habuit meritum beatitudinis: ergo cum in eo non esset aliquod impedimentum, statim ad beatitudinem pervenit per solum unum actum meritorium. Cujus ratio est quia gratia perficit naturam secundum modum naturæ, sicut et omnis perfectio recipitur in perfectibili secundum modum ejus. Est autem hoc proprium naturæ angelicæ quod naturalem perfectionem non per discursum acquirat, sed statim per naturam habeat. Sicut autem ex sua natura angelus habet ordinem ad perfectionem naturalem, ita ex merito habet ordinem ad gloriam; et ita statim post meritum in angelo fuit beatitudo consecuta. Meritum autem beatitudinis non solum in angelo sed etiam in homine esse potest per unicum actum, quia quolibet actu charitate informato homo beatitudo meretur. Unde relinquitur quod statim post unum actum charitate informatum angelus beatus fuit.

La razón que aducen la mayoría de los teólogos en confirmación de la doctrina expuesta es que, siendo Dios más propicio para premiar que para castigar, bien puede afirmarse que con un sólo acto meritorio de los ángeles Dios les concedió la gloria, como por un sólo acto malo Dios condenó a los ángeles que pecaron.

Para aclarar hemos de advertir que a la doctrina que defendemos no se opone en nada, sino que es otra confirmación de la misma, la común creencia de los teólogos de que los angeles merecieron la gloria principalmente por acto de las virtudes teológicas, puesto que la caridad sobrenatural de tal manera presupone la fe que sin ésta no puede darse, e incluye la esperanza. De modo que el acto de caridad implica el de fe y esperanza, si no de una manera totalmente explícita, de un modo implícito, pero fundamental.

Con la tesis que venimos defendiendo está también íntimamente relacionada aquella otra cuestión acerca de si los ángeles merecieron desde el primer instante de su existencia, en lo cual convienen todos los teólogos, aunque se mueve gran controversia entre tomistas y escotistas acerca de si pudieron desmerecer o pecar también en el primer instante de su ser. Los escotistas arguyen del

siguiente modo: angelus in primo instanti potuit mereri, imo de facto meruerunt: ergo et habere omnia requisita ad peccandum, tum quia prorsus est eadem ratio, tum quia si non posset peccare, non posset mereri, quia quidquid impedit quominus posset peccare, impedit quominus posset mereri; im plus requiritur ad merendum quam ad demerendum, nam mereri est bonum quoddam perfectum; demereri autem est malum; bonum vero ex integra causa et malum ex quolibet defectu.

Los tomistas aducen contra esta doctrina el siguiente argumento Angélico: (1^a: q 63: art. 5). Quamvis res aliqua in primo instanti quo esse incipit, simul incipere possit operari, tamen illa operatio quæ simul incipit cum esse rei, est ei ab agente, a quo habet esse, sicut moveri sursum inest igni a generante. Unde si aliqua res habeat esse ab agente deficiente, quod possit esse causa defectiva actionis, poterit in primo instanti in quo incipit esse, habere defectivam operationem; sicut si tubia quæ nascitur clauda ex debilitate serminis, statim incipiat claudicare. Ange autem quod angelos in esse produxit, susilicet Deus, non potest esse causa peccati.»

Pero todas estas cuestiones son secundarias respecto de nuestra tesis propuesta y lejos de engendrar duda acerca de ella la aclaran, y hasta de alguna manera la confirman.

A NUESTROS LECTORES

Por razones completamente ajenas a nuestra voluntad y buen deseo de servir la Revista a los suscritores con la mayor puntualidad posible, nos hemos visto en la precisión de suspender la tirada de la misma durante cuatro meses. Pero empezamos a resarcir a nuestros suscritores sirviéndoles ahora los números correspondientes a los meses de Marzo y Abril; dentro de muy pocos días serviremos los de Mayo y Junio y a su debido tiempo recibirán la revista del mes corriente.

Suplicamos perdón por esta falta que nosotros somos los primeros en lamentar.

